Mercedes de Kooke

Hasta que él llegó





NOVELA LGTBQ+

HASTA QUE ÉL LLEGÓ

Por

Mercedes de Kooke

Hasta que él llegó

Mercedes de Kooke

Primera edición: 2025

© 2025 Mercedes de Kooke

Contacto: Peter-y-Tony@web.de

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin el permiso escrito de la autora o del editor.

Copywrite: pendiente

Diseño de Portada: María Cabrera

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos son imaginarios o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

TONY

Antonia Braun nació en *Ludwigshafen am Rhein,* Alemania*,* el 13 de junio de 1996. Era una niña hermosa, con unos grandes ojos grises que parecían de cristal.

Su madre, Marlene, trabajaba como técnica de laboratorio en una industria química, pero aún estaba de baja porque cuidaba de la hermanita mayor de Antonia, la dulce Alegra, que para entonces tenía dos años. El padre de las niñas, Frank, acababa de independizarse. Convirtió el primer nivel de su casa en su propio taller mecánico, y la familia se quedó viviendo en el segundo nivel.

Alegra y Antonia dormían en la misma habitación, y, a pesar de que pasaban mucho tiempo juntas, no tenían nada en común. Desde pequeñas, a Alegra le gustaba robarse el *show*, mientras que Antonia era introvertida.

A Antonia le gustaba jugar con las tuercas y los tornillos que siempre se encontraba en cada rincón de la casa. Ya con seis años, ayudaba a su papá sosteniendo algunas piezas mientras él trabajaba o asistiéndolo cuando estaba debajo de un auto. Ella corría a alcanzar las herramientas, los tornillos o lo que hiciera falta.

Con diez años, Tony —como le decían todos— sabía más de mecánica que muchas personas en toda su vida. A esa edad también nació su hermanito, el pequeño Adrián. Al principio, no sintió la diferencia. Pero, conforme Adrián fue creciendo, notó que su papá se interesaba más por enseñarle cosas a él que a ella. Por suerte, Tony ya sabía lo suficiente, y, además, Adrián no tenía el menor interés en ayudar a su papá.

Durante su adolescencia, Tony notaba su cuerpo cambiar y no podía detenerlo. Los chicos del vecindario la volteaban a ver, y ella sentía todas las miradas sobre sí. La misma sensación tenía en la escuela. Solo quería desaparecer. Hacía un esfuerzo constante por pasar completamente desapercibida. Se esmeraba en no ser ni muy buena ni muy mala alumna; solo se trataba de ir pasándola, sin destacar.

Mientras Alegra, quien también es una chica muy guapa de ojos azules, salía a fiestas, bailaba hasta el amanecer y usaba vestidos provocativos para llamar la atención, Tony, prefería estar en casa viendo televisión.

Su papá le decía que saliera con amigos, sin embargo, ella prefería ayudarlo en el taller. Él le pedía que tuviera cuidado, que no se esforzara tanto levantando llantas, que cuidara sus uñas, etc. Esto la enfurecía. Ella no quería ser una princesa, simplemente una persona normal que trabaja en un taller.

Lo peor que le pudo haber pasado a Tony, fue convertirse en una mujer increíblemente hermosa. Ella era de piel blanca. Tenía unas facciones muy finas y unos ojos grandes de color gris hielo. Los usaba para lanzar miradas frías a quien se atreviera a hacer algún comentario sobre su apariencia, incluso cuando se trataba de un cumplido. Odiaba su hermoso cuerpo. Desde que apareció, ya nadie vio nada más en ella. Todos los días se vestía con *jeans* azules y *T-shirts* negras, azules o grises, de preferencia una talla más grande, para que no le marcaran la figura.

Algunos chicos se animaron a preguntarle si quería salir con ellos, pero Tony los rechazó a todos. Incluso los pretendientes que le presentaba Alegra salían decepcionados. Rodaron los comentarios de que a ella le gustaban las chicas, pero a Tony no le interesaban, ni los unos ni las otras.

Como su cabello rubio y corto siempre estaba despeinado, Marlene la envió al salón de belleza a peinarse para la fiesta de su graduación. Lo que Tony menos quería, era verse bella, así que decidió raparse todo el pelo. Su mamá se puso furiosa al verla.

Alegra la acusó de tonta, Adrián se rio de ella y su padre le prohibió la entrada al taller hasta que le creciera un poco el cabello.

Lo peor fue que su nuevo *look* causó tanto impacto que todos la voltearon a ver. Su rostro resplandecía con una belleza única, y Tony estaba que se moría. Solo pensaba: *trágame tierra*. Tony llegó a recibir su diploma de graduación en traje de pantalón, y ni siquiera asistió a su propia fiesta.

Al terminar la escuela, decidió estudiar electromecánica. Eso era lo que más le gustaba. Cuando estaba en el taller, se olvidaba de todo lo demás, especialmente de su apariencia. Aprovechó para cambiar de ambiente y se fue a estudiar a Colonia: en una ciudad grande, podía pasar desapercibida. Además, como ya se esperaba que una chica en esta profesión llena de hombres sería algo extraordinario, decidió presentarse como Antonio.

Empezó a correr grandes distancias para disminuir su busto y aumentar su musculatura. También tomaba *shakes* de proteínas en lugar de llevar una alimentación balanceada. El esfuerzo dio resultado, ya que al cabo del primer año, su cuerpo era diferente. Ahora era el cuerpo de un atleta.

Incluso un compañero la invitó a unirse a su club y competir, pero ella lo rechazó. Participar en una competencia implicaba elegir una categoría, y no quería competir bajo el sexo femenino. Usar el masculino en una competencia oficial, tampoco le parecía correcto.

También comenzó a salir a bares con amigos de vez en cuando. Aprendió a jugar billar, tomar cerveza en cantidades y a ver fútbol. Aunque este, en realidad, no le gustaba, sabía que era importante para su nueva identidad. Se sentía tan bien siendo un hombre, que le surgió la idea de cambiarse el sexo.

Pensó que ese era su problema: en realidad, era un chico atrapado en el cuerpo de una chica. Si lo resolvía, podría vivir libre y feliz. Así que se informó y consultó con un especialista.

En su entrevista obligatoria con el psicólogo, este le preguntó si prefería tener relaciones sexuales con un hombre o con una mujer. Ella contestó que no quería tener con ninguno, y eso fue suficiente para que él le diera la aprobación para aplicar a un cambio de sexo.

Lo primero que hizo fue registrarse como Tony Braun, de sexo masculino, y luego inició una terapia hormonal. Lo más maravilloso para ella fue deshacerse de su menstruación, que siempre le había parecido asquerosa.

En Colonia, su vida era perfecta. Tenía amigos —todos hombres—, hacía deporte, estudiaba y trabajaba a la vez. Al terminar sus estudios, pensó en regresar a su casa y ayudar a su papá de nuevo.

Llevaba ya mucho tiempo sin regresar. Antes de volver, Tony no tuvo el coraje para decirles lo que había hecho, así que dejó las hormonas y se quitó los bigotes que usaba por entonces, con la esperanza de suavizar el impacto. Sin embargo, no fue suficiente. Cuando sus padres la vieron, casi mueren de un infarto. Había bajado mucho de peso, sus facciones se veían distintas, y la niña bella que recordaban había desaparecido prácticamente.

Esto le partió el corazón a Frank. No tuvo el valor de decírselo a la cara para no lastimarla, pero no soportaba verla así. Simplemente le sugirió que trabajara primero en otros talleres para ganar un poco de experiencia, y que cuando él se retirara, ella podría tomar su taller.

Tony comprendió perfectamente que su padre no la quería ver allí. Por una parte, herida, pero por otra, aliviada, decidió continuar su vida en Colonia. Quedarse en casa significaba volver a ser una chica, y Tony no sentía que pudiera vivir así de nuevo.

Debió ser la fuerza del destino lo que la llevó a aceptar un trato con su hermana.

Gregor había peleado con su novia y ahora no tenía pareja que lo acompañara a la boda de su hermano Thomas. Le pidió a Alegra que

fuera con él, y ella aceptó gustosamente. El día de la boda coincidía con la partida de Tony hacia Colonia.

Alegra se enfermó ese día y no pudo acompañar a Gregor, pero no quería quedarle mal. Como la boda era cerca de Colonia, convenció a su hermana de que fuera con Gregor, y a cambio, él la llevaría en auto hasta su apartamento. Tony iba muy cargada. Su padre le había dado varios utensilios, y ella llevaba casi todas sus cosas, pues no pensaba volver. Por lo menos, no en un largo tiempo.

Lo único que Tony tenía que hacer era ponerse el vestido de su hermana y sentarse junto a Gregor durante la ceremonia y en la fiesta. Ella dejó claro que no bailaría con él por ningún motivo, y que si se atrevía a propasarse, haría que se arrepintiera de todos sus pecados de una sola vez. Gregor aceptó sin importarle las condiciones de Tony. Él solo quería evitar llegar solo.

PETER

Único hijo de Ingrid y Stephan Winkler —una pareja acomodada—, Peter vivió una infancia apacible y sin mayores sobresaltos. Sus padres, ambos *workaholics* con funciones directivas, exigían de él disciplina y excelencia, como si fuera uno de sus empleados.

Peter tenía sus días perfectamente planeados para ajustarse al ocupado calendario de sus padres. Pero desde pequeño, siempre que algo no le gustaba, soltaba un: "¡Te demandaré!". Al final, terminó siendo abogado.

Un abogado muy atractivo: alto, de buen porte, con ojos verdes, piel bronceada y cabello rubio oscuro, ligeramente ondulado. Aficionado al deporte, salía a correr todos los días, jugaba tenis los fines de semana y nadaba una o dos veces por semana. Siempre había sido muy exitoso en todo… menos en el amor.

En su juventud, algunos compañeros de escuela lo molestaban acusándolo de ser homosexual, pero Peter los ignoraba o les lanzaba su ya clásica amenaza: "¡Los demandaré!".

A los dieciséis, Peter tuvo una novia que era dos años mayor que él y estaba por graduarse. Poco antes de terminar la escuela, ella lo dejó por otro chico. En realidad, solo había estado saliendo con Peter para practicar, ganar experiencia y sentirse más segura con el chico que en verdad le interesaba.

Peter, aunque también aprendió lo suyo, se sintió humillado y utilizado. No le quedaron ganas de volver a iniciar una relación amorosa.

Terminó la escuela y luego hizo su servicio civil. Allí trabajó en un centro para niños con discapacidad y aprendió muchas cosas, entre

ellas, lenguaje de señas.

Después entró a la facultad de Derecho en la Universidad de Colonia. Todavía era estudiante de primer semestre cuando conoció a Joy Abena. Una chica de carácter jovial y cariñoso. Era muy guapa, de ascendencia africana, con la piel negra y brillante, algo que fascinaba a Peter. La chica no se interesó por él, pero después de que Peter la persiguió casi todo el semestre, finalmente aceptó salir juntos.

La relación terminó al poco tiempo. Joy tocaba la guitarra y cantaba en una banda. Aunque a Peter le encantaba su voz, no le gustaba el estilo musical. Además, ella dedicaba casi todo su tiempo a la música, mientras que él lo invertía en el deporte. Al final, terminaron siendo solo buenos amigos.

En su tercer año de universidad conoció a Arthur. Era estudiante de Geología, pero también corría, jugaba tenis y montaba bicicleta, así que a menudo coincidía con Peter.

Arthur se interesó por él y lo convenció de iniciar una relación. Al principio, Peter no estaba muy seguro, pero decidió darle una oportunidad. Pensó que talvez sus excompañeros de escuela podrían haber tenido razón, aunque él, en ese entonces, todavía no lo sabía.

Con el tiempo se volvieron pareja. Peter se enamoró verdaderamente de Arthur. Más adelante, Peter —que seguía viviendo en casa de sus padres— se mudó a Colonia, al apartamento de Arthur. Vivieron felices durante algunos años.

Los padres de Arthur estaban divorciados. Su padre, que era alemán, vivía en Suiza; su madre, americana, en Detroit. Mientras estuvieron juntos, Arthur viajó dos veces a visitar a su madre, pero nunca llevó a Peter. Lo peor fue que, al terminar sus estudios, Arthur decidió irse a vivir con ella y comenzar allí su vida laboral.

Lo que más lastimó a Peter fue que Arthur ni siquiera le preguntó si quería —en ese momento o más adelante— ir con él. Simplemente lo abandonó.

Después de eso, Peter se olvidó de tener relaciones a largo plazo. Se enfocó por completo en sus estudios y obtuvo sus especialidades en Derecho Familiar y Laboral.

Mientras hacía sus prácticas, conoció a Patrik y a Philip. Irónicamente, Philip era novio de Joy Abena en ese tiempo, y fue ella quien los presentó.

Patrik y Philip se acababan de graduar y formaron su propio bufete de abogados. Cuando Peter se graduó, un año después, se unió a ellos para completar los servicios del despacho.

Patrik es abogado Mercantil y Fiscal, mientras que Philip se especializa en Derecho Inmobiliario y Vial. Su bufete se llama ***p³*** porque los tres nombres comienzan con la letra P.

Al principio, Peter siguió viviendo en Colonia, pero luego regresó a su ciudad natal y compró allí una casa. Antes viajaba cerca de una hora todos los días; sin embargo, con el tiempo, comenzó a hacer *home office*. Después, solo iba a su despacho una o dos veces por semana.

Un tiempo después, Patrik se casó en un castillo muy elegante. Como a la boda asistirían Philip con Joy Abena, Peter no quería llegar solo. Por eso le pidió a una amiga de la escuela, que también estaba sola en ese momento, que lo acompañara. Fue un acuerdo muy práctico.

Lucky, en realidad, más parecía su hermana que su amiga, ya que se parecen un poco físicamente. Compartieron una suite en el castillo y durmieron juntos, pero solo eso, ya que entre ellos no hay más que pura amistad.

Peter se quedó en deuda con ella, y cuando Lucky le pidió que la acompañara a la boda de su amiga Gaby, aceptó gustoso. Ninguno conocía a los invitados de la fiesta del otro, pero tampoco importaba. En realidad, funcionaban bien como pareja de ocasión.

LA BODA

Tony es casi de la misma estatura que su hermana, talvez un poquito más alta, pero como es mucho más delgada, el vestido de Alegra le quedaba colgando. Era un vestido elegante, largo, de color azul oscuro, que combinaba perfectamente con los ojos de Alegra. En la parte superior tenía lentejuelas plateadas que se esparcían hacia abajo, disminuyendo poco a poco a lo largo de la falda.

Tony se miró al espejo y pensó: *Me veo fatal*. Luego sonrió. *Así está perfecto. Gregor no se interesará en mí*.

Tony no tenía la menor intención de gustarle a nadie. Su madre, en cambio, no había dejado de soñar que talvez algún día encontraría a un chico que le agradara.

En efecto, Gregor no se interesó para nada en Tony. De hecho, desde el principio le pareció una chica extraña, a quien ignoró por completo. Tanto así, que durante la fiesta la dejó sentada sola en la mesa y se desapareció.

A Tony no le molestó su actitud. Al contrario, consideró perfecto que la dejara tranquila. Corrió la silla a un lado, alejándola un poco de la mesa, para tener una mejor vista. Observaba a las personas en la fiesta con cierta distancia, como si estuviera viendo televisión.

Lo que Tony no sabía era que estaba siendo observada. Peter estaba sentado a unas dos mesas de distancia, en una mesa muy alegre. Se lo estaba pasando bien, pero no podía evitar mirar de reojo a la chica del vestido azul.

Finalmente, se disculpó con Lucky y se atrevió a sentarse en la silla vacía más cercana a la de Tony.

Ella notó su presencia, pero lo ignoró por completo.

—Buenas tardes —la saludó Peter.

Tony hizo como si no era con ella.

Sin importar su reacción, Peter se presentó:

—Hola, soy Peter Winkler, abogado especialista en Derecho Familiar y Laboral.

Peter siempre se presenta como abogado porque sabe que eso impresiona e intimida a la gente. Sin embargo, Tony siguió ignorándolo. Pero Peter no es de los que se da por vencido fácilmente, así que continuó:

—¿Cómo te llamas?

Tony no contestó ni se volvió.

Peter entendía perfectamente que a Tony no le daba la gana hablar con él, así que se le ocurrió otra idea. Se levantó de su silla, se colocó frente a ella y la saludó en lenguaje de señas.

Tony pensó que Peter se había dado por vencido cuando lo oyó levantarse, así que se sorprendió mucho al verlo agacharse frente a ella. Al notar que se comunicaba con señas, apenas pudo contener la risa. Sus labios no se separaron, pero una muy ligera y breve sonrisa cruzó su rostro.

Fue suficiente para Peter, quien le sonrió ampliamente de vuelta. Se levantó de nuevo, acercó la silla, la colocó frente a Tony y se sentó, bloqueándole la vista.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar.

A Tony no le quedó otra más que mirarlo de frente, así que contestó:

—Da igual.

Luego movió su silla hacia un lado para recuperar la vista libre.

Peter volvió a sonreír. Esta chica era verdaderamente obstinada. De todos modos, no más que él mismo.

—Te invitaría a bailar, pero creo que no tiene sentido. Sería mejor que te invitara a correr.

La observación de Peter llamó la atención de Tony, quien frunció el ceño, giró la cabeza hacia él y preguntó:

—¿Por qué dices eso?

Peter sonrió otra vez más, saboreando el pequeño triunfo de haber captado su atención. Luego respondió a la pregunta:

—Primero, porque tienes una cara que grita: "Quiero salir corriendo de aquí".

Tony volvió a sonreír ligeramente. Luego Peter continuó:

—Segundo, porque… —en ese momento, recorrió su cuerpo con la mirada— me parece que te gusta correr.

Tony se electrizó al sentir los ojos de Peter sobre ella. Su piel se erizó y un escalofrío le recorrió de pies a cabeza.

—Deja de analizar mi cuerpo —protestó, molesta.

—No lo estoy analizando, lo estoy apreciando —objetó Peter.

Tony se sintió aún peor. Odiaba que alguien pusiera su atención sobre ella, y menos de la forma en que lo acababa de hacer Peter. Giró la cabeza hacia el otro lado para volver a ignorarlo.

—Ese vestido no te luce —continuó Peter.

Ella ni siquiera volteó.

—Te verías mejor sin él —agregó.

La sangre le hirvió a Tony, que en ese instante hubiera querido darle un puñetazo. Giró la cabeza hacia él y le lanzó una de sus miradas de hielo, más fría que el Ártico.

Peter no se dejó intimidar. Al contrario, quedó encantado con sus ojos grises y la intensidad de su mirada.

—Me gustas —dijo él.

Ella necesitó un momento para controlarse, luego giró la cabeza de nuevo y respondió:

—Estás perdiendo tu tiempo.

—Estoy seguro de que no —la contradijo Peter.

Sin siquiera mirarlo, Tony argumentó:

—Déjame tranquilo. Soy un chico en un ridículo vestido de mujer.

—No me importa. Soy bi —le aclaró Peter.

Tony volteó a verlo de inmediato, completamente confundida.

Peter sacó su teléfono y le mostró su número.

Tony no sacó el suyo; sin embargo, se memorizó el número de Peter.

Él lo notó y no bajó el teléfono hasta estar seguro de que ella ya lo había retenido. Luego se levantó, pero antes de regresar a su mesa, le pidió:

—¿Da igual, me revelas tu apellido?

Tony estaba ahora verdaderamente confundida, así que respondió sin pensar:

—Braun.

Peter sonrió y volvió a su mesa, aunque no dejó de observarla. También se preguntaba por qué la chica —o chico— no se había ido.

Tony por su parte, pasó el resto del tiempo tratando de aclarar su mente. Sentía la mirada constante de Peter, y cada vez que volteaba, sus ojos se encontraban.

Quería desaparecer, pero también estaba muy intrigada por el comentario de Peter.
Él es bi. ¿Significa que de verdad no le importa mi sexo?

Esta pregunta le daba vueltas en la cabeza. Por primera vez, se sentía ligeramente atraída hacia alguien.

INOLVIDABLE

Una semana después, Peter todavía no podía sacarse de la cabeza aquellos ojos grises, con una mirada de hielo cargada de fuego. La chica que decía ser un chico.

Estaba enojado consigo mismo por no haber insistido más en averiguar su nombre y su teléfono. Aunque tenía la certeza de que ella recordaría el suyo, no le servía de nada: no había llamado, y él ya estaba cansado de esperar.

Le dio una semana más. Ni ella llamó, ni él la olvidó.

Finalmente, contactó a Lucky para preguntarle quién era la chica del vestido azul. Lucky no lo sabía, así que llamó a Gaby. Ella tampoco la conocía… y el tema quedó en el olvido.

Peter también hubiera querido olvidarse del asunto, pero los ojos de "Da igual" lo perseguían cada vez más. Mientras corría, mientras trabajaba, y hasta en sus sueños… esa mirada de hielo no lo dejaba en paz.

Como no obtuvo respuesta, volvió a insistir. Gaby finalmente habló con Thomas, pero él tampoco la conocía. Ni siquiera la recordaba. Preguntó a todos sus amigos, pero nadie había visto a una chica de vestido azul, cabello corto rubio y ojos grises.

Por casualidad, estaban almorzando en casa de los padres de Thomas cuando su madre le preguntó a Gregor quién era la chica que lo había acompañado ese día.

—La hermana de Alegra… una chica muy rara —contestó Gregor, despreocupado.

Entonces a Gaby se le iluminó el rostro y preguntó:

—¿Tenía ojos grises y llevaba un vestido azul?

Gregor apenas recordaba el vestido, pero no tenía idea del color de sus ojos.

—Talvez —respondió.

—¿Tienes su número? —preguntó Gaby, muy contenta, ya que Peter había insistido varias veces.

Gregor le envió el contacto de Alegra sin darle mayor explicación. Ni mencionó que era el número de la hermana, y mucho menos que conocía la dirección exacta de la chica, ya que él mismo la había llevado hasta su apartamento.

Peter estaba sentado con unos amigos en un bar cuando su teléfono le avisó que tenía un mensaje. Al verlo, casi se le escapa la sonrisa… y saltó —literalmente— de felicidad. Se alejó a un lugar más tranquilo para leerlo.

"Alegra Braun", se dijo a sí mismo. *Ese nombre no le va. Le queda como el vestido.*

De todos modos, no perdió ni un minuto y la llamó.

Alegra también estaba en un bar con unas amigas, pero al recibir la llamada de un número desconocido, la rechazó.

Peter no se sorprendió por la reacción. Decidió intentarlo al día siguiente desde su despacho. Así, ella no podría reconocer el número de inmediato y, talvez, contestaría.

En el jardín infantil donde trabaja Alegra, no se permite a las maestras llevar el teléfono con ellas, para evitar que desvíen la atención de los niños. Por eso, se perdió la llamada de Peter.

Más tarde, al revisar su teléfono, Alegra encontró una llamada de un número desconocido. Como era una línea fija, lo buscó en internet. Para su sorpresa, pertenecía a un bufete de abogados en Colonia.

Alegra pensó en ese momento que talvez Tony estaba en problemas. Llamó de vuelta al número, pero Peter ya se había retirado de la oficina. No quiso dejar mensaje. Luego, llamó a Tony.

Tony se sorprendió por la llamada de su hermana, y aún más, por el hecho de que se preocupara por sus problemas. Le explicó que necesitaba encontrar un apartamento con urgencia, ya que su contrato había vencido ese mismo mes. En realidad, ya debería haber desocupado, pero aún no encontraba nada. Además, no tenía trabajo en ese momento y estaba atormentada, tratando de resolver ambas cosas a la vez.

Alegra se interesó genuinamente por los problemas de su hermana, pero al final se le olvidó preguntarle si todo eso tenía que ver con una oficina de abogados.

Peter llegó el martes a su oficina y no podía creerlo: Alegra había devuelto la llamada. Muy feliz, decidió enviarle un mensaje de texto.

Hola Sra. Braun, ¿Quiere correr conmigo maña…

No, eso no estaba bien. Lo borró y empezó de nuevo:

Hola, tu abogado favorito estará corriendo hoy…

Tampoco sonaba bien. Además, era muy improvisado preguntarle si tenía tiempo para ese mismo día. Por otra parte, Peter ya se olía el juego, así que decidió desafiarla:

Demuestra que puedes correr como un hombre. Te espero mañana a las 15:00 frente a la piscina Zollstockbad. Peter Winkler, abogado.

Alegra recibió el mensaje y no entendió nada. El nombre "Peter Winkler" le sonaba conocido, pero fue hasta que lo buscó en internet que cayó en la cuenta: Peter Winkler no la estaba buscando a ella, sino a Tony. Y no era por asuntos legales, sino para concretar una cita.

Presionó el nombre en la pantalla y apareció la foto de Peter. Quedó totalmente sorprendida. Aquel hombre tan guapo, de unos treinta años, estaba interesado en su hermana. De inmediato, llamó a Tony, muy emocionada.

—¡Tony! ¿Quieres salir con un chico guapísimo? Está súper interesado en ti.

Tony pensó que era un truco de su hermana para hacerle olvidar sus problemas, así que respondió que no. Pero Alegra no quería dejar pasar la oportunidad de conocerlo, así que preguntó:

—¿Te importaría si salgo yo con él?

—Hazme el favor. Acuéstate con él si quieres —le contestó Tony.

Ya había retomado su terapia hormonal y lo último que quería era salir con un chico para terminar en la cama con él.

Entonces, Alegra le respondió a Peter sin aclararle que ella no era Tony:

Hola, entre semana no puedo. ¿Te parece el sábado? Misma hora, mismo lugar.

EL ENCUENTRO

Peter aceptó de inmediato, aunque tuvo que cancelar su juego de tenis con David. Pasó el resto de la semana pensando en una estrategia para conquistarla.

Alegra, por su parte, también estaba muy emocionada. Si su hermana era tan idiota de rechazar a un chico así, ella no pensaba desperdiciar la oportunidad. Lo único que la preocupaba un poco era que el chico quería correr… y Alegra no era precisamente una gran deportista, aunque bailaba jazz en un grupo una vez por semana.

El sábado, muy temprano, Alegra salió en auto rumbo a Colonia. Llegó extremadamente puntual, así que se compró un bocadillo y se sentó en una banca a esperar.

Peter también salió temprano, pero tuvo mala suerte: un accidente en la autopista le robó bastante tiempo. Así que la llamó desde el camino.

—Braun —contestó Alegra, sin decir su nombre para que Peter no notara que no se trataba de Tony. No sabía que, en realidad, Peter ni siquiera conocía el nombre de su hermana.

Peter, atrapado en el tráfico y desesperado, no le prestó atención al tono de voz.

—Mira, disculpa. Estoy atorado. Llegaré tarde. ¿Puedes buscarme un estacionamiento cerca del parque y enviarme la ubicación? Así ahorraremos tiempo.

Alegra respondió que sí y fue a buscar estacionamientos al parque cercano. Cuando encontró algunos espacios vacíos, le envió la ubicación y se quedó esperando, recostada contra un árbol.

Unos minutos después, Alegra vio acercarse una verdadera nave: un *Porsche 911* gris metálico satinado, modelo único. Sabía algo de autos porque su padre recibía cada mes revistas con los nuevos modelos. A ella le encantaban, aunque no precisamente los autos… sino los chicos que los conducían.

Del *Porsche* bajó uno de esos "modelos" que ella conocía de las revistas. Lo veía y no lo podía creer. Era un ejemplar de hombre. Solo pensó: *Tony, Tony… de lo que te pierdes.*

Estaba vestido con ropa deportiva de marca y llevaba uno de esos relojes inteligentes que lo saben todo. El hombre —porque en ese momento no podía catalogarlo simplemente como un "chico"— se acercó a ella.

Peter notó de inmediato que no era Tony, pero no sabía exactamente cuál era el juego, así que decidió averiguarlo.

—Hola, soy Peter Winkler, abogado —se presentó, como siempre.

—Hola, soy Alegra Braun —respondió ella. En ese momento tenía el cerebro atrofiado y se le olvidó la excusa que serviría como explicación de la ausencia de su hermana, así que terminó diciendo la verdad:

—Tony no quiere salir con ningún chico, pero… si a ti no te importa, me gustaría correr contigo.

¡Ahhh! pensó Peter. *La chica se llama Tony y aún no quiere salir conmigo. Esta otra se le parece bastante… podría ser su hermana. Si corro con ella, conseguiré más información.* Estaba un poco decepcionado, pero no del todo.

—Me parece bien. Podemos correr juntos. ¡Vamos!

Peter comenzó a hacer algunos ejercicios de calentamiento y Alegra lo imitó, pensando: *Ups… ojalá no corramos muy lejos.*

Luego, Peter empezó a trotar por un sendero y Alegra lo siguió. En cuestión de un minuto, él ya le había sacado varios metros de ventaja, así que la esperó un poco para que lo alcanzara. Esto se

repitió dos veces más, y por mucho que intentara ir más despacio, Alegra no lograba mantener el paso.

Después de cinco minutos más, Peter se dio por vencido. Lo mejor sería sentarse a hablar con calma. Su estrategia de correr estaba pensada para Tony, no para esta otra chica… que, si bien podía correr, lo hacía muy despacio.

—Mira, he estado atorado en la autopista y no tuve tiempo de comer antes. No quiero seguir corriendo con el estómago completamente vacío. Creo que podemos dejarlo para otro día. ¿Quieres ir conmigo a un *Imbiss* a tomar algo?

La felicidad de Alegra fue instantánea con la propuesta. Ya sentía que estaba haciendo el ridículo y pensaba que él la dejaría plantada en cualquier momento.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Peter.

—No lo sé. Decide tú. Yo no conozco por aquí —respondió Alegra, muy sincera.

—¿De dónde eres? —inició Peter su interrogatorio. Esto le parecía perfecto. Esta otra chica era mucho más conversadora que la famosa Tony.

—Vivo en *Mannheim,* pero soy de *Ludwigshafen*.

—i¿Has venido desde allá hasta aquí?! —exclamó Peter, perplejo.

—Sí, me pareció que era importante —respondió Alegra. No podía decir: *"Eres muy guapo y esta noche no te escapas de mí".*

Peter sonrió, porque le leyó el pensamiento y le dijo:

—Cuéntame algo sobre ti. Sobre tu familia, qué te gusta hacer.

Alegra estaba encantada con el interés de Peter y le dio mucha, mucha información. No solo sobre ella, sino también sobre Tony y el resto de su familia.

Después de la comida, caminaron despacio por el parque, y Alegra seguía y seguía contando historias. Peter— como buen abogado—

sabe que todo puede ser usado en su contra… así que presta atención incluso a los más mínimos detalles.

Entonces, Peter le preguntó:

—¿Regresarás a casa esta misma noche o te quedarás con tu hermana?

Alegra supo que esa era una pregunta clave. Si decía que regresaría, él descartaría cualquier posibilidad para esa noche. Pero, al apartamento de Tony definitivamente no pensaba ir, así que necesitaba una buena respuesta.

—Me gustaría quedarme… pero no en el apartamento de Tony —respondió.

—¿Y por qué no? —preguntó él, intrigado.

Alegra le salió con un cuento que, en realidad, no estaba tan alejado de la verdad: su hermana tenía todo empacado porque pensaba mudarse, pero no encontraba nada. Sin darse cuenta, terminó contándole a Peter la situación actual de Tony.

Peter ya tenía suficiente información. Ahora solo debía encontrar la forma de deshacerse de esta chica de manera elegante, sin lastimarla. Así que le dijo:

—Yo tampoco vivo aquí, sino con mi madre, en otra ciudad. ¿Te gustaría cenar con ella esta noche? Cocina muy bien… y tenemos una habitación de huéspedes.

La estrategia funcionó perfectamente. Alegra no tenía la menor intención de cenar con una vieja y luego dormir separada de él. Pensó: *Este hombre es guapo, simpático y lo que quieran… pero me va a resultar un Peter Pan. Talvez Tony tenga razón al no salir con él.*

—Creo que será mejor que regrese —dijo finalmente.

LA NAVE

Peter estaba feliz. Ahora conocía la vida de Tony, aunque todavía no tenía ni su teléfono ni su dirección… pero eso lo averiguaría muy pronto. Además, conocía sus problemas, y si lograba solucionarlos, talvez la chica le daría una oportunidad.

Lo primero que hizo fue llamar a Philip.

—Hola, disculpa que te interrumpa. Necesito un apartamento en Colonia…pequeño…urgentemente.

—¿Para ti? —preguntó Philip, sorprendido.

—Para una chica. Tiene que salir de su apartamento muy pronto y no tiene trabajo —le explicó Peter.

Philip, por el tono de su voz, intuyó que se trataba de algo personal.

—¿Ahora prefieres otra vez a las chicas, ehh?

—Por favor —le suplicó Peter.

—Mira, tengo una clienta que tiene un pequeño apartamento en una casa vieja. Es céntrico y tiene una pequeña terraza. El apartamento está en un sótano y no ha sido renovado desde los setenta. El problema es que la señora que vivía allí era una anciana y acaba de morir. La dueña es una señora ya mayor, no quiere renovarlo, pero pide una fortuna por el alquiler.

—¿Estarías de acuerdo si lo alquilamos como bodega? Yo cubriré todos los gastos.

—No te precipites, Peter.

—Por favor —volvió a rogarle Peter.

—Mañana te conseguiré las llaves. Pero te advierto: estás loco. Tú no eres así. Piénsalo.

El primer paso estaba, más o menos, solucionado. Luego buscó en internet ofertas de empleo, pero era muy difícil sin conocer las habilidades o preferencias de Tony. Lo mejor sería dejar eso para después.

Así que buscó el taller de Frank Braun.

El lunes, Peter se levantó extremadamente temprano para llegar a *Ludwigshafen* antes de la hora pico. Estacionó su *Porsche* frente al taller de Frank, que ya tenía la puerta del garaje abierta. Bajó del auto, pero no vio a nadie, así que saludó al aire:

—¡Buenos días!

Frank salió por detrás de un auto y lo saludó. Apenas respondió el saludo, se quedó mirando la "nave" que estaba estacionada frente a su taller.

—Soy Peter Winkler, abogado —se presentó, como siempre.

Frank volvió a mirar el *Porsche* y preguntó:

—¿Le pasa algo a su bebé?

—Sí, mi bebé extraña a su bebé —respondió Peter.

Frank lo miró confundido, así que Peter le aclaró:

—Busco a Tony Braun. Me dijeron que aquí podía encontrarla.

Frank se quedó pensativo. Este hombre buscaba a su hija, y a juzgar por la placa, había llegado desde Colonia. No pensó que Peter tuviera un interés romántico; lo que sintió fue un gran orgullo al imaginar que su hija era capaz de darle mantenimiento a un auto así.

—Ella ya no vive aquí… puedo darle su contacto, si quiere —le ofreció Frank de inmediato.

—Gracias —respondió Peter, con una gran sonrisa.

Frank no era un experto con su teléfono, así que copió el número en un pedazo de papel y se lo entregó a Peter.

Peter leyó el número y se lo memorizó. Luego le tomó una foto al papel y lo guardó cuidadosamente. Se despidió amablemente y dejó sonar el motor de su auto antes de alejarse.

Frank estuvo pensando todo el día y, por la tarde, llamó a su hija. Le sugirió que buscara un taller donde eventualmente pudiera entrar como socia. Incluso le ofreció darle el dinero para comprar una parte.

Tony se sorprendió muchísimo, no solo por la llamada, sino también con la oferta. En realidad, era la primera vez que su papá la llamaba. Le pareció algo sospechoso, así que preguntó:

—¿Pasa algo, papá?

Su padre no dudó y habló:

—Sí. Estoy muy orgulloso de ti, Tony. Creo que no he sabido valorarte. Mira que atender la nave del señor Winkler no es una cosa común y corriente.

Tony no supo qué contestar. *¿De qué habla?* Pensó. No necesitó pedir más explicaciones: Frank le contó sobre la visita matutina del abogado Winkler.

Apenas escuchó la palabra "abogado", Tony recordó a Peter. No lo había olvidado. Por más que lo intentara, las palabras de Peter regresaban a su mente: *"No me importa, soy bi."*

En realidad, no era solo eso. Aunque en ese momento se rio, le pareció muy dulce que Peter intentara hablar con ella en lenguaje de señas. Y además, había conseguido averiguar su identidad. Incluso llegó hasta su casa. *¿Pero cómo?*

Entonces se acordó de Alegra… y la llamó.

—¿Alegra, me puedes decir cómo se llamaba el chico guapísimo que tenía interés en mí?

—Peter Winkler —respondió, y enseguida le contó sobre su propia cita con el abogado.

Tony estaba que se moría. Peter Winkler ahora sabía todo de ella… y ella, nada de él. Además, él la había conocido como una chica, y ese

ya no era el caso. Tony había retomado su identidad masculina.

Estaba confundido. Por primera vez sentía la necesidad de conocer mejor a alguien. Peter Winkler le atraía, y no estaba seguro de sus propios sentimientos.

Respiró profundo y pensó: *Vamos a ver qué dice este abogado cuando conozca al verdadero Tony Braun.*

Tomó el teléfono y, como todavía tenía su número en la cabeza, marcó.

Peter había estado muy ocupado ese día y pensaba esperar hasta el miércoles para llamar a Tony, así tendría tiempo de resolver lo del apartamento. Por eso, se sorprendió muchísimo al ver su número en la pantalla. Ya lo había guardado en su lista de contactos.

—Peter Winkler, abogado —contestó a propósito.

—Hola, soy Tony Braun. Mi padre dice que necesita servicio para su auto —dijo Tony, usando la misma excusa que él.

Peter notó el cambio en el timbre de su voz y recordó lo que ella le había dicho: *"Soy un chico en un ridículo vestido de mujer."* Así que decidió jugárselas todas.

—Señor Braun, gracias por reportarse. Quisiera hablar con usted personalmente. ¿Podríamos concertar una cita?

Tony se quedó frío al oír sus palabras y no pudo contestar. Al no recibir respuesta, Peter continuó:

—¿Le parece bien el miércoles al mediodía? Tengo algo que hacer y estaré por Colonia.

—Claro —respondió Tony, todavía perplejo.

—Le enviaré mañana los datos para nuestro encuentro.

—Como quiera —contestó. Estaba nervioso. Por alguna razón, Peter Winkler lo ponía nervioso.

LA BODEGA

El lunes, después de regresar del taller de Frank Braun, Peter pasó por su oficina a recoger las llaves. Le pidió a Philip que redactara un contrato de alquiler con su clienta, incluyendo la posibilidad de subarrendar.

Philip volvió a acusarlo de estar perdiendo la cabeza. Además, le advirtió que, si esa chica tenía algo que ver con alguno de sus casos, sería mejor no involucrarse.

Peter le aseguró:

—No, no tengo ningún caso con ella. Solo me gusta.

—Estás dispuesto a hacer mucho por alguien que "solo te gusta" —le respondió Philip, un poco escéptico.

Peter ignoró el comentario y fue al apartamento. Apenas abrió la puerta, lo golpeó un olor nauseabundo a orines, alcohol y cigarro. La anciana ya no podía limpiar ni cuidarse a sí misma. Todo estaba sucio: el baño, asqueroso, y en el refrigerador aún quedaban productos lácteos descompuestos.

Peter suspiró y pensó: *Aquí no puede vivir Tony*.

Sacó su teléfono y empezó a llamar. Primero, a una compañía de vaciado para que se llevaran todos los muebles. Después, a la oficina de empleos, solicitando tres personas fuertes para desmantelar el lugar: quitar la tapicería, los paneles del techo, las alfombras, incluso el sanitario y la cocina. En realidad, todo. Absolutamente todo.

Luego pidió permiso a la ciudad para colocar un contenedor de desechos frente al apartamento y contactó a una empresa que pudiera llevarlo. Como estaba gestionándolo todo a última hora, no le resultó fácil encontrar quién se encargara de las tareas.

A las tres de la tarde llegaron los recogedores de muebles. Se llevaron todo… hasta la caja de ahorros que la señora tenía escondida bajo el colchón.

Los trabajadores enviados por la agencia de empleos llegaron también a las tres. Eran: un hombre fuerte que parecía guardia de seguridad, otro más delgado con pinta de recién salido de prisión, y una señora corpulenta como lanzadora olímpica de martillo. Todos entre los 45 y los 55 años.

Peter les ofreció pagarles el doble si se daban prisa. Tenían hasta las seis de la tarde para hacer trabajos ruidosos, y hasta las ocho para tareas que no generaran tanto ruido.

Estuvo tan ocupado supervisando la obra que el martes tuvo que trabajar hasta muy tarde para terminar el caso que debía entregar el miércoles por la mañana.

Ese miércoles, en lugar de su traje formal de abogado, eligió algo más relajado: pantalón y saco de corduroy gris, combinado con una camisa verde menta. No quería darle a Tony una impresión demasiado seria.

Después de salir del juzgado, regresó a su oficina. Se quitó los zapatos y apoyó los pies sobre la mesa de su escritorio. Luego ajustó la palanca de su silla para reclinarla hacia atrás y, muy cómodo, cerró los ojos y se echó una pequeña siesta.

Tony llegó muy puntual, vestido como siempre: en *jeans* y una sudadera gris simple. El despacho de Peter se encontraba en una casa antigua, muy bien cuidada. Afuera, una plaqueta indicaba:

Bufete de Abogados p^3

Luego aparecían los nombres: P. Kowalski, P. Martin y P. Winkler; cada uno con sus respectivas especialidades.

Tony no quiso tocar a la puerta. En cambio, le envió un mensaje avisándole que lo esperaba afuera.

Peter se despertó con el sonido de su teléfono y bajó inmediatamente.

Tony no se dio cuenta de a qué hora salió Peter, porque estaba concentrado mirando los autos estacionados en la calle, intentando adivinar cuál sería la famosa nave.

De repente, Tony sintió la presencia de Peter detrás de él y se giró. Sin poder controlar el impulso, lo escaneó de arriba abajo. Nunca le había pasado algo así. Luego se dio cuenta de que Peter estaba haciendo exactamente lo mismo con él.

Antes de que pudiera decir una palabra, Peter habló:

—Te ves mejor así que con el ridículo vestido azul—y le sonrió.

Peter notó de inmediato que había cambiado su peinado, que su rostro se veía un poco más ancho y que ahora llevaba unos ligeros bigotes. Pero lo más impresionante era que aquellos ojos grises ya no tenían esa capa de hielo sobre ellos, ahora eran puros cristales que reflejaban luz.

Tony no supo qué decir. Estaba confundido.

Peter notó su desconcierto y se presentó de nuevo, como si fuera la primera vez:

—Peter Winkler, abogado —dijo, extendiéndole la mano.

Tony correspondió al saludo y se presentó:

—Tony Braun, mecánico.

—Ven —le pidió Peter sin mayores rodeos, haciéndole señas para que lo siguiera.

Tony lo hizo, intentando aclarar sus pensamientos, pero no podía. Su cerebro no funcionaba y su estómago daba vueltas.

Después de una cuadra y media, Peter se detuvo frente a un edificio de apartamentos de unos tres niveles. Abrió la puerta con una llave, pasó primero y caminó por un largo pasillo.

Tony estaba extremadamente nervioso. Pensaba: *¿A dónde me lleva este tipo?*

Peter abrió otra puerta y comenzó a bajar las escaleras. Al llegar al sótano, caminó hacia la izquierda.

Y allí estaba: "la nave". Tony respiró profundo al verla y luego se acercó, despacio. Ni siquiera se atrevió a tocarla.

—Sube —le pidió Peter—. Te explicaré en el camino, ahora tengo que hacer algo importante.

Tony sonrió, feliz. En toda su vida, había visto miles de autos, reparado otros cientos, pero subirse a uno de estos… era algo espectacular.

Peter tenía su discurso preparado: Philip había alquilado el apartamento para usarlo como bodega, pero luego cambió de opinión. Como tenía un contrato por un año, pensaba subarrendarlo, y Peter debía ir a supervisar cómo avanzaban los trabajos de remodelación.

En el camino, cuando Tony al fin pudo concentrarse un poco, ya que antes había apreciado cada detalle del auto, le preguntó:

—¿Qué problema tiene este auto?

Peter sonrió, divertido.

—No tiene asientos traseros.

—¿Para qué los quieres? —preguntó Tony, muy inocente.

Peter soltó una pequeña carcajada, pero fue hasta que se detuvo en un semáforo que se giró para contestar a la pregunta.

—Para hacerte el amor.

Tony se congeló en ese instante. Empalideció, se le erizó la piel y su expresión se llenó de pánico. Peter lo notó, y se sorprendió… pero también se molestó un poco.

—No me mires así. No soy un pervertido. Solo pensé que…

Peter ya no dijo nada más y condujo en silencio hasta el próximo semáforo. Entonces se giró de nuevo hacia Tony, y le dijo cortante.

—Si no quieres… no.

Tony no pudo pronunciar una sola palabra durante el resto del camino. Peter seguía irritado, pero Tony le gustaba demasiado como para dejar pasar la oportunidad. Así que pensó que talvez sería mejor ir a comer primero.

—¿Después de salir de esto… te gustaría ir a comer una *pizza*?

—Yo no como *pizza* —le respondió Tony, completamente ausente.

Peter se sorprendió de nuevo. Era raro encontrar a alguien que no comiera *pizza*. Luego pensó que talvez se debía a una razón médica.

—¿Eres alérgico al gluten?

—No, pero tiene mucha grasa.

¡Vaya! pensó Peter. *Este chico se cuida… por eso es tan atlético.*

—Conozco un restaurante japonés. La comida es muy saludable. ¿Te gustaría ir?

Tony tenía miedo. No de Peter… sino de sí mismo. Era la primera vez que sentía una atracción inexplicable hacia alguien. Tomó valor y asintió con la cabeza.

Peter se alegró, y en sus labios se dibujó una dulce sonrisa. Tony sintió, cómo el calor de Peter derretía el hielo dentro de sí.

ARIGATOU

Llegaron al apartamento y, a diferencia de la primera vez, ahora olía a hierbas. Encontraron a la señora corpulenta realizando un ritual para espantar a los malos espíritus.

—Muy amable, señora. Le agradezco que haga esto —le dijo Peter con sinceridad. No porque creyera en los espíritus, sino porque había logrado espantar el mal olor.

La señora se alegró mucho y le ofreció su ayuda: ella sabía de instalaciones, por si necesitaba a alguien que colocara el sanitario nuevo.

Peter pensó que era una buena idea. Necesitaba renovar el apartamento lo más pronto posible, y un fontanero difícilmente le daría cita tan rápido.

—Me parece bien. Este apartamento tiene que estar listo lo antes posible para buscarle un inquilino. Cada día que pasa vacío, es una pérdida —comentó Peter.

Al escuchar eso, Tony reaccionó de inmediato:

—¿Peter, puedo llamarte Peter, verdad?

Peter se alegró. Tony había mordido el anzuelo.

—Sí, claro, Tony. Somos amigos —respondió con una sonrisa.

Tony aprovechó su respuesta para preguntar:

—No pienses que me quiero aprovechar de ti, pero estoy buscando un apartamento urgentemente… y este me parece perfecto.

—Tony, ni siquiera está listo —objetó Peter, solo para hacer un poco de conversación.

—No importa. Lo estará muy pronto. Y yo podría ayudar con la renovación… ahora tengo tiempo.

Peter se tragó la risa, levantó las cejas fingiendo sorpresa y le dijo:

—Puedes hacerte cargo de los interiores y la decoración. Escoge lo que quieras, te daré un presupuesto. Pero quiero que firmes el contrato lo más pronto posible… y que pagues este mismo mes.

Peter se arrepintió un segundo después de haber dicho eso. Ni siquiera sabía si Tony tendría dinero para pagar. Pero si no lo tenía, habría inventado otra excusa para prestárselo.

Para su suerte, Tony aceptó de inmediato.

Peter ya había calculado un precio que le pareció realista, aunque no demasiado alto. Le advirtió que el contrato sería con Philip; por varios motivos, era mucho mejor que fuera así.

Después, fueron a comer al restaurante japonés. Se sentaron en una mesa *teppanyaki*, y el cocinero llegó a preparar todo directamente frente a ellos. Tony se había relajado; ahora estaba de muy buen humor y fascinado viendo el *show* del cocinero.

Peter pidió palillos para comer. Tony, que de vez en cuando pedía comida china, también sabía usarlos, así que dominaba el movimiento sin problemas.

En un momento, Peter tomó con sus palillos un bocadillo de la plancha, y extendió el brazo para ofrecérselo a Tony, directo a la boca. Tony se sorprendió. Por un instante, no supo qué hacer. Luego, lentamente, abrió la boca y mordió el bocadillo.

Peter empezaba a desesperarse. No entendía la posición de Tony. *¿Quiere o no quiere?* pensó. Así que abrió la boca, intentando motivarlo a que lo alimentara.

Tony tomó un bocadillo… pero se puso nervioso y se le cayó de los palillos.

—¡¿Cuántos años tienes?! —protestó Peter, exasperado.

Tony lo miró, asustado, sin contestar.

—¡Quiero ver tu documento de identidad! —exigió Peter—. ¿Eres al menos mayor de edad? No quiero que luego me acusen de algo.

Tony se indignó y se enojó. Sacó su documento de identidad de la funda de su teléfono y se lo extendió a Peter de mal modo.

Peter tomó el documento y lo primero que leyó fue: sexo: masculino. Fecha de nacimiento: 13.06.1996.

Respiró resignado, y le devolvió el documento a Tony, también de mala gana.

—Pareces un niño pequeño —protestó de nuevo.

En ese momento sonó el teléfono de Tony. Era una videollamada de Alegra. Por ningún motivo contestaría Tony ahora, así que la cortó de inmediato.

Casualmente, Alegra había llegado a casa de sus padres, y su madre le contó sobre la visita del señor Winkler. Alegra no podía creer que Peter hubiera llegado hasta allí buscando a Tony. Le explicó a su madre que no tenía nada que ver con trabajo: era algo personal.

Marlene simplemente no podía creerlo.

Alegra decidió hacerle una videollamada a su hermana para verle la cara. Así podría detectar, en su expresión, si le mentía. Pero como Tony cortó la llamada, pensó en intentarlo más tarde.

Mientras tanto, abrió la página *web* del bufete **p³** para mostrarle a su madre la foto de Peter Winkler. Marlene quedó muy impresionada. Al intentar agrandar la foto para verlo mejor, sin querer, envió una llamada.

Tanto Tony como Peter se sorprendieron al ver que ahora Alegra llamaba a Peter. Peter notó que apenas hacía un momento ella había intentado contactar a Tony, y ahora lo llamaba a él. Pensó que quizás sí era algo importante, así que contestó.

—¿Hola, Alegra? ¿Ha pasado algo? —preguntó, preocupado.

—No… disculpa, no quería molestarte —respondió ella, algo avergonzada.

Mientras tanto, Tony hacía señas desesperadas con la cabeza y los brazos, rogándole a Peter que no lo comunicara. A Peter le resultó tan divertido que, sin pensarlo mucho, dijo:

—Lo siento… Tony no quiere hablar contigo. Y, seguro se pregunta, cómo diablos supiste que estamos juntos.

Al oír esto, Alegra y Marlene se miraron sorprendidas.

—¡Dame a mi hermana! —le ordenó Alegra.

Tony, en estado de pánico, seguía haciendo toda clase de señas como loco, para que Peter cortara cuanto antes.

—Lo siento… tu hermana está indisponible —dijo Peter.

—¿Qué hace? —preguntó Alegra, algo confundida con la excusa.

—¡No preguntes! ¡No seas indiscreta! —respondió divertido Peter, y sin dar más explicaciones colgó.

Alegra y Marlene se quedaron boquiabiertas.

Peter vio a Tony detenidamente y en ese momento comprendió.

—¿Tu familia no sabe lo que está escrito en tu documento de identidad, verdad?

Tony solo lo negó con la cabeza.

Peter se quedó pensativo un momento. Luego, en un tono más comprensivo, le preguntó:

—¿Hay algo más que yo deba saber?

Tony cerró los ojos, tomó valor, respiró profundo y luego levantó la mirada para verlo directamente.

—No tengo experiencia.

Peter se quedó mudo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. De pronto, el pensamiento de que sería un cerdo si se acostaba con él esa noche lo atacó. Entonces fue Peter quien respiró profundo… y midió sus palabras.

Arigatou—le dijo primero, dándole las gracias en japonés. Luego agregó:

—Gracias por decírmelo. Creo que, en este caso, es mejor que nos tomemos un poco más de tiempo.

Tony asintió con la cabeza, aliviado al escuchar la propuesta de Peter.

Peter se acordó de la invitación a correr, así que quedaron para el viernes.

EL BESO

Esa noche, Marlene, Frank y Alegra llamaron a Tony, pero él dejó sonar el teléfono en cada ocasión. Luego, les envió un mensaje por separado, pidiéndoles discreción y que la dejaran vivir su vida.

Alegra no se dio por vencida y preguntó:

¿P.W. ♥ ?

Tony sonrió al ver el mensaje. Sintió que, de verdad, le atraía Peter, y dentro de él creció un sentimiento especial. Algo que aún no conocía.

Tomó valor y le escribió a su hermana:

Talvez, pero NO TE METAS!!!

A lo que Alegra contestó con un *emoji* feliz.

Peter no dejaba de pensar en las palabras de Tony: *¿No tiene experiencia como chico? ¿Con chicos, o en general? Por eso está tan asustado…*

Se dijo a sí mismo: *Tengo que ser bueno. ¡Peter, compórtate! No seas un animal.*

Decidió entonces llevarle las llaves y el contrato en su próximo encuentro. Así Tony podría revisarlo durante el fin de semana y firmarlo el lunes.

El viernes se encontraron frente a la piscina, cerca del parque. Tony llegó temprano y ya estaba haciendo ejercicios de calentamiento cuando vio llegar a Peter.

Peter se acercó para darle un beso en la boca, pero Tony se hizo inmediatamente hacia atrás. Peter movió los labios en señal de disgusto; sin embargo, no dijo nada. Simplemente lo saludó:

—Hola.

—Hola —respondió Tony—. Hay frío, será mejor calentarnos bien antes de correr.

Peter pensó: *Me calentaría más si me das un beso.*

De todos modos, ignoró sus pensamientos y empezó a calentar. Era octubre, y el clima había enfriado bastante.

Tony estaba muy contento y animado, pero se preocupó al notar la expresión de disgusto de Peter. Sabía que lo había causado él mismo, al rechazar el beso.

—¿Quieres correr por tiempo o por distancia? —le preguntó Peter en un tono neutro.

—Quiero correr contigo, como tú prefieras —respondió Tony.

Esa respuesta le gustó más a Peter, quien decidió correr al mismo paso, por tiempo.

Después de una buena hora de simplemente correr a la par, Peter decidió que era suficiente.

—¿Te llevo a tu apartamento? —le preguntó a Tony.

Tony estaba decidido, y aunque tenía miedo, mientras corría se había repetido a sí mismo: *Tony, esta es tu oportunidad. Peter conoce la verdad y la respeta. Te gusta, y tú le gustas. No te eches atrás. ¡Hazlo!*

—Sí.

Llegaron al pequeño apartamento de Tony, y él invitó a Peter a entrar. Peter se alegró mucho; sintió que las cosas, quizá, podían funcionar.

—Te puedo ofrecer algo… ¿Quieres una cerveza o prefieres otra cosa?

—Dame un beso —le pidió Peter.

Ahora estaban solos. Tony no tenía por qué temerle a la opinión pública.

Una leve y efímera sonrisa cruzó el rostro de Tony, quien, por impulso, lo desafió:

—Si lo quieres… atrápame.

En ese instante, corrió alrededor del sillón.

Peter, en cambio, tomó el camino directo: lo levantó con ambas manos y lo dejó caer suavemente sobre el sillón, colocándose encima. Luego, lo besó en la boca, intensamente.

Tony no respondió al beso; sin embargo, cuando Peter separó sus labios, una inmensa sonrisa se dibujó automáticamente en el rostro de Tony.

Peter vio esos grandes ojos grises brillar como luna llena y supo que había logrado derretir el hielo. Un agradable calor lo invadió.

—¿Quieres más?

Tony solo afirmó con la cabeza y disfrutó los besos. Peter lo besó nuevamente en los labios, luego en el pómulo, y después se deslizó hasta la parte inferior de la oreja y el cuello. Llegó hasta la clavícula… y se detuvo.

Tony levantó la cabeza para ver por qué Peter se había detenido.

Peter alzó la vista y, algo preocupado, le dijo:

—Tienes que comer más, no pesas nada.

—No critiques mi cuerpo —protestó Tony.

Peter cambió de tema y sugirió:

—¿Por qué no nos damos un baño?

—Porque no tengo bañera.

Peter sonrió, se levantó y preguntó:

—¿Te importa si me doy una ducha?

—Pasa.

Peter se duchó rápido, se secó con una toalla que encontró doblada… y salió completamente desnudo.

Tony se le quedó viendo, perplejo. Por primera vez notó el cuerpo atlético de Peter. Miró sus ojos verdes, que lo observaban con una expresión confundida. Y es que hasta Peter dudó de sí mismo al ver la expresión de asombro de Tony.

—Dúchate. Te esperaré en la cama —le ordenó Peter.

Tony se levantó y obedeció, como hipnotizado. Salió completamente envuelto en una toalla.

Peter sonrió al verlo y, en cuanto Tony se acostó en la cama, lo atrajo hacia sí. En ese momento notó que Tony todavía tenía cuerpo femenino… y dudó.

—¿Por delante o por atrás?

Tony luchó contra el pánico que sintió. Se armó de valor y, en tono juguetón para esconder su miedo, le contestó:

—Prueba las dos.

Peter sonrió de nuevo… y no perdió el tiempo. Eso sí, se preocupó por darle a Tony una experiencia maravillosa… inolvidable. Fue tierno y dulce, pero, al mismo tiempo, sus besos y caricias desbordaban pasión. Cada roce, cada suspiro, hacía vibrar a Tony, que ardía de deseo.

Peter, por su parte, sintió algo más que placer: fue una liberación intensa… y una satisfacción profunda.

PIEPS

Esa noche, Peter durmió con Tony. A la mañana siguiente, despertó a Tony muy temprano.

—¡Ven! Tengo una idea.

Tony no quería levantarse. Él simplemente no quería separarse de Peter. A su lado, en la cama, se sentía tan bien.

—Vamos, es temprano, podemos volar en mi nave —le sugirió Peter.

—Tu nave tiene un problema.

—¿Cuál? —preguntó Peter, preocupado, ya que había olvidado sus propias palabras.

—No tiene asientos traseros.

Peter soltó una carcajada y atacó a Tony con la almohada. Tony le devolvió el ataque, y juguetearon contentos. Luego, fue Tony quien tomó la iniciativa.

Peter notó que Tony había cambiado por completo. De la noche a la mañana, el fuego había derretido todo el hielo. El miedo desapareció, y en su lugar surgió una repentina seguridad.

El mismo Tony sintió ese cambio interno. Con Peter podía ser quien era; se sentía libre y en confianza.

Finalmente, se levantó para dar una vuelta.

Era un buen día, y una buena hora para volar. Peter presionó el acelerador, y la nave pasó de los 250 km/h. Tanto él como Tony disfrutaron de la adrenalina.

Tony estaba fascinado y no prestó atención a dónde conducía Peter… hasta que tomó la salida de la autopista.

—¿Qué hacemos aquí?

—Desayunar en casa de tus padres.

A Tony lo invadió el miedo otra vez.

—¡No! No puedo hacer esto —protestó Tony, alarmado.

—No seas gallina. Tarde o temprano tendrán que enterarse.

—Mejor que sea tarde… tan tarde que sea nunca —alegó Tony.

Entonces Peter lo molestó:

—*Pieps, pieps*, gallina.

—*Pieps, pieps*, Peter, no quiero —se defendió Tony.

—Como quieras. Si puedes esperar un poco… te llevo a desayunar a Francia.

Tony aceptó gustoso, y en poco más de media hora estaban desayunando en *Wissembourg.* Tony se sentía en el paraíso: en un pueblecito tan lindo, disfrutando croissants con chocolate y, a su lado, el hombre perfecto… "Pieps"*.*

Peter sonrió al ver que Tony tenía la boca manchada de chocolate. Extendió la mano y, con su pulgar, le limpió las esquinas de los labios. Luego se acercó y lo besó en la boca. Esta vez, Tony no se hizo atrás… y sonrió de vuelta.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste *croissant*? —le preguntó Peter, solo por curiosidad.

—No me acuerdo —contestó Tony.

—Deberías comer más seguido. No comes nada, y si sigues así, vas a desaparecer.

En ese momento, Tony pensó: *Si eso es lo que siempre he querido… "desaparecer". Hasta ahora… que apareciste tú.*

Luego dieron un paseo y vieron una tienda de ropa deportiva. Entraron, y Peter se probó algunas prendas que le quedaron muy bien, así que las compró. Tony se negaba a probarse algo… hasta

que Peter lo convenció. Solo entonces notó que Tony tenía talla de niños.

Al final, Peter compró algunas cosas para Tony, incluso zapatos para correr.

De algún modo, le preocupaba que Tony fuera extremadamente delgado. Si bien tenía músculos de corredor, sentía que había otras razones más profundas. Así que se propuso engordarlo. Además, tenía claro que debía convencerlo de hablar con su familia: vivir escondido no era una solución.

—Tony, estoy seguro de que tus padres no dejarán de quererte, aun si saben la verdad.

—Pero yo no quiero que la sepan.

—Algún día lo notarán. Será mejor que se los digas tú mismo.

—Pieps, déjame tranquilo. No quiero hablar de eso. ¿Conocen tus padres tu tendencia sexual?

Peter suspiró y luego le respondió:

—Sí… y la verdad es que no están de acuerdo. Pero lo aceptan. Además, no hablamos del tema… en realidad, casi no hablamos de nada.

—Dame tiempo. Lo pensaré —dijo Tony, resignado.

De regreso, había más tráfico, así que les tomó varias horas volver. Para sorpresa de Tony, Peter no se detuvo en Colonia.

—¿Ahora a dónde me llevas?

—A mi casa.

Tony se sorprendió. Recordó que Alegra había mencionado que Peter vivía con su madre, pero él acababa de decirle que no tenía mucho contacto con ella. Así que ahora sentía curiosidad por averiguar la verdad.

Se quedó mudo cuando vio la casa de Peter. Si bien no era muy grande, era a todo lujo. Pronto descubrió que incluso tenía un pequeño sauna en el sótano.

Peter estaba feliz de tener a Tony allí. Y no solo por su compañía, sino porque Tony, finalmente, se había relajado por completo. Ahora era un chico alegre y simpático.

A Peter se le ocurrió cocinar algo especial para celebrar que "su pollito había salido del cascarón".

Llegó a su habitación, se despojó de su ropa y se colocó un delantal.

Tony seguía impresionado, observando la casa, cuando lo vio salir semidesnudo. Sonrió y se acercó a él.

—Prepararé una ensalada con un buen lomo asado. Prométeme que comerás —le dijo Peter.

Tony sonrió y admiró a Peter mientras cocinaba. Luego comió obedientemente, aunque sentía que iba a explotar.

—¿Quieres postre? —preguntó Peter.

—¿Tienes crema de chocolate? —le preguntó Tony de vuelta.

Peter se sorprendió. No esperaba que Tony realmente quisiera postre, así que, bromeando, le llevó una botella de *curry-kétchup* en lugar de crema de chocolate.

Lo que Peter no sabía eran las verdaderas intenciones de Tony.

Tony vio la botella y sonrió con esa sonrisa tan leve y efímera que apenas se nota. Tomó la botella… y la apretó con fuerza, salpicando todo el pecho de Peter con salsa. Luego se acercó más a él y, con la lengua, comenzó a saborearlo.

Lo besó poco a poco, disfrutando del nuevo sabor de su piel. Tony amó a Peter sobre la mesa, y Peter simplemente se dejó amar. No quiso entrar en Tony; prefirió que fuera él quien decidiera cuándo terminar.

EL TÍO

A la mañana siguiente, Peter sintió que Tony se levantó, pero pensó que solo iba al baño, así que siguió durmiendo. Como una hora después, cuando abrió los ojos de nuevo, Tony aún no estaba allí.

Salió de la cama y lo buscó por toda la casa, sin encontrarlo. Ya empezaba a molestarse, cuando notó que faltaba su atuendo nuevo de deporte. *Talvez salió a correr*, pensó.

Le prepararé un desayuno inglés. Probablemente tenga hambre cuando vuelva, se dijo a sí mismo.

Peter vivió en *Canterbury* un semestre, participando en el programa Erasmus, y lo que más le gustaba era el desayuno. Siempre tiene productos ingleses en su alacena, y los domingos, a veces, disfruta al estilo inglés.

Preparó unos huevos revueltos con tocino, tomates asados, salchichas y *baked beans.* Tony no regresaba, y Peter ya estaba desesperado. Como a la media hora, apareció cansado… pero muy feliz. Peter, en cambio, estaba disgustado.

—Tony, a mí también me gusta correr. ¿Sabes? — le dijo, de mal humor—. Me hubiera gustado correr contigo.

Tony se sintió mal en ese momento, bajó la mirada y se disculpó.

—Lo siento, Pieps. No quise despertarte.

Peter ya no dijo más. Tony le parecía tan dulce y tierno que no podía estar enojado con él por mucho tiempo.

—¡Ven, vamos a desayunar!

—No te preocupes por el desayuno. Si tienes un yogurt, será suficiente —contestó Tony, sin tener idea del menú que Peter había

preparado.

Peter se enojó otra vez. Tomó a Tony de la mano y lo llevó a la cocina. Extendió la mano para mostrarle lo que había preparado, y luego lo miró a los ojos.

—Cociné todo esto para ti. No te atrevas a decir que no.

Tony suspiró, asintió con la cabeza y le dijo:

—21 kilómetros no serán suficientes si seguimos así.

—¿¡Corriste media maratón hoy temprano!? —le preguntó Peter, asombrado.

Tony sonrió tímidamente. Luego miró los huevos con tocino y las salchichas. Una pequeña risita se escapó de su boca.

—Me comeré los huevos… pero sin el tocino. Y olvida las salchichas, están fuera de mi dieta.

Peter se conformó, pero le sirvió una buena porción de las otras cosas, e incluso lo alimentó de vez en cuando.

—¿Qué harás mañana? —le preguntó Peter.

—Ocuparme de conseguir un empleo e ir al apartamento para empezar a trabajar en él.

—¿Piensas aplicar al mismo lugar donde hiciste tus prácticas?

—No —le respondió Tony.

Le explicó que, cuando le ofrecieron la plaza, la rechazó. Al principio había pensado en trabajar con Frank, pero ambos notaron que no sería una buena idea. Ahora no quería regresar al mismo lugar. Además, le contó de la oferta de su padre.

En ese momento, Tony se acordó de un anuncio interesante. Decía que no se aceptaban solicitudes en línea, solo presenciales.

—¿Tienes una impresora? —preguntó de repente.

—Claro.

Imprimieron juntos el currículo de Tony, que dejó bastante impresionado a Peter.

—Podría recomendarte en mi taller —le ofreció Peter.

Tony no aceptó e insistió en ir a ese taller en particular. De cierta forma, le recordaba un poco al de su padre.

El lunes por la mañana, Tony finalmente regresó a su apartamento. Lo primero que hizo fue cambiarse para ir al taller.

Entregó sus papeles a una joven muy amable, quien le indicó que esperara en una silla. Le informó que, muy pronto sabría el resultado. A ella, Tony le pareció simpático, sin embargo, no se hizo muchas ilusiones. Su padre, el dueño del taller, había recibido a una serie de solicitantes y en cuestión de diez minutos salían descalificados.

Gerd Fischer recibió el currículo de Tony. Notó de inmediato que no venía acompañado de las respectivas constancias.

Ya ni siquiera tenía intenciones de leerlo, pero le dio un vistazo rápido. De pronto, algo le llamó la atención: Tony había asistido a la misma escuela que él. Entonces prestó atención al nombre: "Tony Braun".

Gerd se acordó de su excompañero Frank. No solo habían asistido juntos a la escuela, también estudiaron mecánica lado a lado. Buscó inmediatamente su número y lo llamó.

—Braun —contestó Frank.

—Hola, Frank. Soy Gerd. Gerd Fischer. ¿Te acuerdas de mí? Estudiamos juntos.

—Hola, Gerd. ¡Qué sorpresa! ¿Qué ha sido de ti?

—Vivo en Colonia desde hace mucho tiempo. Tengo un taller.

Frank pensó inmediatamente en Tony, pero no dijo nada.

—Tengo en mis manos la solicitud de un joven llamado Tony Braun. Estudió en la misma escuela que nosotros y, como lleva tu apellido, pensé que podrías conocerlo.

Frank respiró profundo y preguntó:

—¿Qué dice en el currículo?

Gerd le leyó la información, refiriéndose a Tony en todo momento de manera masculina. Finalmente, Frank preguntó:

—¿Es delgado y tiene ojos grises?

—No lo sé. Este currículo ni siquiera tiene una foto, ni constancias de nada.

Frank comprendió y le contestó:

—Sí, es mi sobrino. Los jóvenes de ahora hacen las cosas diferente.

—¿Y es bueno en lo que hace? —preguntó Gerd.

—Es un excelente mecánico —respondió Frank.

—¿Y por qué no trabaja contigo, entonces?

Frank pensó una excusa rápida y contestó:

—Porque su novio vive en Colonia.

Gerd se quedó un momento en silencio. Luego agregó:

—Sí… tienes razón. Los jóvenes de ahora están algo locos.

Entonces Frank se atrevió a pedirle a Gerd que no le dijera a su sobrino quién lo había recomendado. Gerd aceptó sin problema.

Después de hablar con Gerd, Frank se sentó en una esquina de su taller, desconsolado. Luego salió a caminar, intentando aclarar su mente. Pero todo dentro de él le decía que Tony ya no era su princesa… que, en realidad, nunca lo fue. De todos modos, se calló sin mencionarlo a nadie.

Gerd mandó llamar a Tony, que esperaba sentado.

—Buenos días, yo soy Tony Braun —se presentó, muy educado.

Gerd lo observó: delgado… ojos grises. Luego se levantó de su asiento para darle la mano.

—Buenos días, Tony. Soy Gerd Fischer, tu nuevo jefe. Te daré seis meses de prueba. Después hablamos.

K-EN 8000

Tony trabajó intensamente en el apartamento. Como no pretendía tener muchos lujos, al cabo de una semana se mudó.

El dos de noviembre empezó a trabajar. Gerd le explicó el funcionamiento del taller: a cada mecánico se le asignaba un auto, del cual era responsable. A Tony le tocó un *BMW* de modelo reciente.

Para sorpresa de todos, ya que Gerd nunca asignaba autos nuevos a los novatos. Esto no le gustó para nada a Leny, el colega de Tony.

Peter estaba muy contento de que Tony hubiera sido aceptado de inmediato. En su primer día de trabajo, fue a recogerlo para invitarlo a cenar. Lo que no imaginó fue el efecto que causaría su llegada.

Estacionó su *Porsche* frente al taller, lo que inevitablemente atrajo todas las miradas. Incluso Gerd, desde la ventana, observó cómo Tony subía al auto.

Leny, por su parte, pensó que seguro ese tipo influyente había sido la razón por la que Tony consiguió el puesto.

A partir del día siguiente, Leny comenzó a hacerle la vida imposible a Tony. Al enterarse de que era gay, no dejó de hostigarlo y molestarlo. Incluso incitaba a otros compañeros a sumarse al *mobbing*.

Tony estaba cada vez más desesperado. Pensó en hablar con Peter para pedirle consejo, pero sabía que él reaccionaría de inmediato por la vía legal. Tony no quería iniciar una pelea desde el principio… así que prefirió aguantar.

A las cinco semanas de estar trabajando allí, llegó una carta del juzgado. Leony —secretaria, asistente e hija de Gerd— la abrió… y

se quedó en shock. Era una acusación de homicidio por negligencia.

El dueño del vehículo con la placa K-EN 8000 había fallecido. Los frenos fallaron, y hacía poco habían sido reparados en el taller de Gerd Fischer.

Leony, que mantenía un medio romance con Leny, lo llamó de inmediato. Leny sabía que ese era su auto. Sin titubear, abrió el archivo y cambió el nombre: de *LN* (Leonard Nowak) a *TB* (Tony Braun).

Después, Leony fue con su padre para informarle de la situación. Gerd se puso pálido. Tuvo el impulso de llamar a Frank, pero decidió primero hablar con Tony.

Tony estaba casi seguro de que no era su auto. Pero, al tratarse de un *BMW*, pensó que podría haber sido el primero que reparó.

—Tony, resuelve esto lo más pronto posible. No quiero prensa, y mucho menos ir a la cárcel. Mira qué haces.

Tony le pidió permiso para tomar una foto de la carta.

—¿Qué piensas hacer con la foto? —preguntó Gerd, enojado.

—Llamar a mi abogado —contestó Tony.

Gerd respiró profundo. Al menos se alegró de que el chico tuviera una idea de qué hacer. Lo que no sabía era quién era su abogado.

Al recibir el mensaje, Peter se comunicó de inmediato. Lo tranquilizó y le aseguró que se ocuparía del caso. Lo que Peter no le dijo… es que él mismo no lo tomaría.

Peter sabía que Philip tenía razón. No podía involucrarse en un caso relacionado con Tony. Así que llamó a Joy Abena. Ella era especialista en Derecho Penal y, como seguían siendo amigos, aceptó con gusto.

Una hora después, mientras Tony seguía sentado en la silla de recepción, sin hacer nada más que imaginarse en un juicio —como en la televisión— o, peor aún, en la cárcel… llegó Joy Abena.

Un *Defender* verde olivo, con vidrios blindados, se estacionó frente al taller. De allí bajó una mujer elegante: piel negra, alta y esbelta. Lucía un traje ejecutivo de pantalón y saco color salmón. Tenía ojos y cabello café oscuro, y su rostro mostraba un maquillaje impecable.

Entró, saludó de manera general a todos los que estaban allí parados, mirándola con cara de tontos, y preguntó por Tony Braun. Luego entró directamente a la oficina.

Tony se levantó de inmediato al verla, aunque no sabía quién era. Joy Abena lo identificó enseguida y se presentó:

—Hola, tú debes ser Tony Braun. Soy Joy Abena Sonko, pero puedes llamarme Joy. Seré tu abogada.

Tony estaba confundido. Lo que menos esperaba era que no viniera Peter en persona. Por otra parte, la señora Sonko se veía muy profesional.

Joy Abena le explicó que, al ser ella especialista en Derecho Penal, Peter había delegado el caso en sus manos. Luego preguntó si podían hablar en un lugar privado, y Leony les cedió la recepción.

Lo primero que Joy Abena preguntó fue:

—¿Te declaras culpable?

La expresión de pánico invadió a Tony. Al notar su reacción, ella reformuló la pregunta:

—¿Estás seguro de que tú reparaste esos frenos?

—No. Creo que ni siquiera reparé ese auto. Mi primer auto sí fue un *BMW*, pero creo que no era ese… y no puedo acordarme de la placa.

Joy Abena respiró profundo y le habló con calma para tranquilizarlo:

—O sea, que ni siquiera es seguro que sea tu caso. ¿Por qué te acusan a ti?

Tony le explicó el procedimiento de asignación de autos, y que, aparentemente, en el registro figuraba su nombre como responsable.

Entonces ella pidió hablar con su jefe.

Gerd también quedó impresionado al ver a la abogada de Tony. Pensó, en ese momento, que con ella podría ganar cualquier caso, lo que le dio cierta seguridad. Lo único que le preocupaba era quién pagaría sus servicios. Joy Abena respondió con tranquilidad que el señor Winkler se encargaría de todo.

Después, Joy Abena pidió ver las facturas. Gerd se levantó y fue al archivo a buscar la correspondiente.

Joy Abena se sorprendió al ver que Gerd aún guardaba todo impreso en papel. En este caso, le pareció un detalle positivo.

Cuando Gerd encontró la factura, lo notó de inmediato: el auto en cuestión había sido asignado a Leny. Le explicó a Joy que no estaba seguro de quién había reparado el vehículo, ya que los registros digitales apuntaban a Tony.

—¿Me permite ver el archivo digital? —preguntó ella.

Gerd accedió. En un par de clics, ella le demostró que el archivo había sido modificado esa misma mañana… y que había sido su hija quien hizo el cambio.

Joy Abena dio el caso por resuelto en menos de media hora. Salió muy satisfecha a comunicarle a Tony las buenas noticias: no era su problema. Él era inocente.

Gerd salió detrás de ella y le pidió unos minutos para preguntarle qué podía hacer. Si bien Tony no era el culpable, ahora tendría el mismo problema con Leny.

Joy Abena fue comprensiva y le dio un par de consejos de gratis.

—Primero, despida a ese Leny. No por falta de capacidad mecánica, sino por tramposo e intentar culpar a otro.

—Segundo, pida no solo los informes del auto, sino también del conductor. Por si acaso estaba bajo la influencia de sustancias nocivas… incluidos medicamentos crónicos.

—Y tercero, no pelee. Si está seguro de que es culpable, comprométase a pagar una suma. Pero no pelee: es demasiado caro y acabará con todos sus recursos.

Luego, ella se despidió y dejó a Gerd sumido en sus pensamientos.

EL CASO

Joy Abena llamó a Peter desde el camino para contarle lo bien y rápido que había resuelto el caso. Peter se quedó pensativo. Sabía que, aunque Leny fuera el culpable, Tony perdería su trabajo… y con ello su oportunidad de tomar el taller en unos años.

Por eso le pidió a Joy Abena que tomara también el caso de Gerd.

Ella no entendió muy bien por qué, pero al llegar a su oficina llamó a Gerd. Le informó que a petición del señor Winkler, ella se encargaría del caso.

Gerd estaba feliz, pero a todo esto, ni siquiera sabía quién era el señor Winkler. Se sorprendió mucho cuando Tony le confesó que era su novio.

—¿El dueño del *Porsche* es tu novio? —le preguntó, asustado.

—Sí.

Tony se quedó sorprendido de que Gerd no supiera quién era el señor Winkler. Hasta ese momento, había pensado que su puesto se debía a una recomendación secreta de Peter.

Joy Abena solicitó un informe sobre el estado del conductor, donde quedó claro que sus niveles de alcohol estaban por encima de lo normal. Con ese dato, pidió el cierre del caso, que fue aprobado. En menos de una semana, Gerd Fischer había resuelto su problema.

Peter invitó a Joy Abena a cenar en un restaurante muy elegante como agradecimiento. Tony, por su parte, sentía algo de pena al no saber cómo pagarle por sus servicios, pero ella lo tranquilizó.

—No te preocupes, Peter lo hará. Tengo un caso para él.

Luego se giró hacia Peter y le dijo:

—Tengo a un buen hombre en prisión. Quiere la custodia de sus hijos, pero su mujer está en contra.

Peter asintió con la cabeza y sonrió.

En ese momento, Joy tomó sus manos en un gesto amable de agradecimiento.

Mientras conversaban y bromeaban, Joy Abena —siempre tan cariñosa en su forma de ser— le revolvía el pelo, le daba una palmada… y así sucesivamente. Su trato era espontáneo y afectuoso. Tony, sin embargo, notó el exceso de contacto físico entre ella y Peter.

De pronto, Peter se dio cuenta de la expresión de Tony y le preguntó, divertido:

—¿Tony, estás celoso?

Tony se sonrojó al verse atrapado sintiendo celos. No tuvo tiempo de decir nada, porque Joy habló primero:

—No te preocupes, Tony. Peter y yo solo somos amigos. Talvez fue mi culpa y lo espanté… ahora prefiere a los chicos —bromeó, girándose hacia Peter—. ¿Fue después de lo nuestro que te interesaste por el otro género, verdad?

—Sí, pero no es tu culpa. Fue culpa de Arthur —respondió Peter, algo melancólico.

Luego, cambió de tema y le preguntó a Joy:

—¿Cómo van las cosas entre tú y Philip?

—Nada de Philip. Pasó a la historia. Ya me cansé. Philip siempre quiere tener la razón.

Todos rieron. Después de una pausa, ella agregó:

—Igual que tú.

Entonces, se mataron de la risa.

Tony pensó: *Joy tiene razón. Peter es extremadamente dominante. Siempre hacemos solo lo que él dice. A veces me trata, de verdad,*

*como a un niño pequeño…*luego se consoló a sí mismo: *Por lo menos, no me trata como a una mujer.*

Terminaron la cena y, mientras Peter conducía hacia el apartamento de Tony, notó que él estaba perdido en su propio mundo.

—¿Qué te pasa? Estás muy pensativo —preguntó Peter. Creía que Tony seguía irritado por la cercanía entre Joy Abena y él. Pero se sorprendió al escuchar su respuesta.

—A veces me gustaría poder entrar dentro de ti… pero también tengo miedo de una operación.

—No tienes que operarte si no quieres. A mí me gustas así —le aseguró Peter.

Dos días después, recibieron una invitación de Marlene y Frank para celebrar la Navidad con ellos. Tony no tenía intención de ir, pero Peter sí.

—¿Por qué mejor no vamos con tus padres? —preguntó Tony.

—Porque mis padres no nos han invitado. Mira, para ellos, yo solo soy una casilla en la lista. Tener un hijo… listo, marcado. Chequeado.

—¿Y qué haces normalmente en Navidad?

—Me voy de viaje. ¿Y tú? Tú tampoco vas a la casa de tus padres todos los años.

Tony confesó:

—Tienes razón… salgo con amigos a un bar.

Entonces Peter le propuso:

—Si vamos a casa de tus padres a pasar la Navidad, después podríamos viajar a Tailandia.

Peter no le dijo que, en realidad, él ya había comprado su boleto desde febrero. Ahora solo tendría que modificar las fechas… y comprar otro para Tony.

Tony aceptó gustoso. Nunca había viajado tan lejos. En su infancia, apenas salían de vacaciones: Frank siempre tenía que hacer.

—Tendré que suspender las hormonas.

—O les dices la verdad —insistió Peter.

EL REGALO

El 24 de diciembre, Tony trabajó hasta el mediodía. Gerd seguía muy agradecido con él —y con sus contactos— por haberlo salvado del lío, así que le autorizó tomar sus vacaciones adelantadas para volar a Tailandia con el señor Winkler.

Al despedirse ese día, Gerd le preguntó:

—¿Pasarás por tu casa antes del viaje?

—Sí. Pasaremos Navidad con mis padres y luego mi hermana nos llevará al aeropuerto de *Frankfurt.*

Muy contento, y sin pensarlo mucho, Gerd le dijo:

—Si ves a tu tío, lo saludas de mi parte.

—¿A mi tío? —preguntó Tony, confundido.

—A Frank. Frank y yo somos amigos.

Tony sonrió con un gesto afirmativo… pero la información que Gerd acababa de darle le desgarró el corazón.

Llegó a su apartamento como un zombi. Tomó su equipaje y, unos minutos después, subió a la nave de Peter.

Llevaban más de una hora de camino y, a juzgar por el tráfico, sería un largo viaje. Tony no había dicho una palabra. Estaba totalmente abstraído.

Finalmente, Peter le preguntó:

—¿Estás enojado conmigo?

Tony negó con la cabeza.

—¿Y qué te pasa, entonces?

La angustia lo consumía y Tony sentía que la cabeza le explotaba. De pronto, lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

En ese momento, Peter se preocupó y, sin comentario alguno, detuvo el auto en la siguiente estación de servicio. Tony no era de los que lloraban así de fácil… así que debía ser algo serio. Respiró profundo y lo miró de frente.

Los ojos de Tony estaban sumergidos en una laguna profunda. Seguía llorando en silencio… y parecía que esa laguna tendría agua suficiente para un diluvio.

Peter salió del auto, rodeó el vehículo y sacó a Tony. Lo jaló hacia afuera y lo sentó en una mesa de piedra al aire libre. Lo miraba sin obtener ni una sola reacción.

Entonces se inclinó y le dio un beso en la boca. Tony no respondió; sus ojos grises estaban tan inertes como la piedra sobre la que estaba sentado.

—¿Tony, por qué lloras? —le preguntó Peter, finalmente.

En un tono robótico, sin la menor emoción, Tony respondió a su pregunta.

—Gerd Fischer y Frank Braun son amigos.

Peter se quedó callado, tratando de analizar lo que eso significaba para Tony. Pero él se adelantó:

—Mi papá lo sabe. Ni siquiera se atrevió a aceptarlo, y se hizo pasar por mi tío.

Peter lo abrazó tan fuerte como pudo. Permanecieron así un buen rato. Luego, Peter se separó y le ofreció:

—Si ya no quieres ir, podemos inventar una excusa.

Aquella leve y efímera sonrisa, que Peter no había visto desde hacía ya mucho tiempo, apareció de nuevo en los labios de Tony.

—No tiene caso ocultarlo. Peter… tú tienes razón.

Y, sin pensarlo, Peter hizo algo que nunca creyó posible volver a hacer.

Tomó el rostro de Tony entre sus manos, lo acercó, besó sus labios con ternura y le dijo:

—Te amo.

El hielo que acababa de cubrir los ojos grises de Tony se derritió en ese instante.

Peter lo abrazó de nuevo, conmovido por sus propias palabras. Ese "te amo" se le escapó del alma. Sintió que dentro de él también se derretía un hielo del que ni siquiera había sido consciente.

Después de que Tony recuperó el aliento, decidieron tomar algo, y él pidió una bebida de chocolate con crema.

Peter sonrió.

—Te vas a salir de tu dieta.

—Contigo es inevitable. Además, tengo que celebrar. Es la primera vez que alguien me dice eso. Y es la primera vez que me siento capaz de decirlo. Peter Winkler… mi Pieps… yo también te amo.

A pesar de haber dicho esas mismas palabras, Peter no esperaba una declaración de amor por parte de Tony. Lo tomó por sorpresa, y un calor inesperado invadió su corazón. Ahora, Peter se sentía tan inocente y vulnerable como Tony.

Llegaron por la noche a *Ludwigshafen*, una hora más tarde de lo esperado. Tony y su padre apenas cruzaron miradas; se evitaban al máximo.

Marlene había preparado estofado de venado al vino tinto, con *Rotkohl* y peras al horno con mermelada de arándanos. En cuanto Tony y Peter aparecieron, salió corriendo a calentar la cena.

Se sentaron a comer y, para sorpresa de todos, Tony se sirvió porciones considerables. Su madre, muy contenta, notó que su hija había subido de peso. Sentía que la compañía del señor Winkler le estaba haciendo bien.

De pronto, Tony tenía hambre de todo. Y es que, ese día, tenía hambre de vivir… de olvidarse del mundo y ser él mismo.

Al terminar la cena, se levantó a traer su documento de identidad y se lo entregó a su papá, diciendo:

—Gerd te envía saludos y te desea feliz Navidad.

Frank frunció el ceño. Leyó, miró la foto… y luego alzó los ojos para escanear a Tony. Suspiró, sin decir nada, y le dedicó una leve sonrisa.

Peter reconoció esa sonrisa: era la misma sonrisa efímera de Tony.

Luego, Frank le entregó el documento a Marlene. Ella entrecerró los ojos, luego los abrió más… y, por último, fue a buscar sus lentes. Cuando estuvo convencida de que lo que leía era cierto, levantó la vista hacia Tony.

—No entiendo. Tony, me lo vas a tener que explicar más despacio.

Tony le sonrió tímidamente. Sabía que su madre, de verdad, no podía comprenderlo.

Adrián le arrebató el documento de identidad a su madre para leerlo. Luego, gritó estrepitosamente:

—¡Mierda!

—¡Adrián! —lo corrigieron sus padres al unísono.

Alegra, desde el otro lado de la mesa, extendió el brazo para tomar el documento y leerlo. Después se quedó pensativa… y giró hacia Tony.

—Yo tampoco entiendo. Tienes un novio. ¿En lugar de ser una chica normal, prefieres ser un hombre homosexual? —luego concluyó—. Yo no le veo el sentido.

Después se giró hacia Peter:

—¿Y tú? Te interesaste por una chica y resulta que terminaste con un chico. O sea que… ahora eres un "*fake gay*".

Peter sonrió con la denominación y le aclaró:

—No soy un *fake gay*. Soy bi. Y estoy enamorado de Tony. Por lo tanto, respeto lo que Tony decida ser, según cómo se sienta.

Ante su respuesta, todos alzaron las cejas, sorprendidos y, en cierto modo, admirados. Aunque Marlene no estaba muy segura de qué significaba exactamente "ser bi", la respuesta de Peter le pareció bien. Mostraba respeto y admiración hacia Tony.

Frank, por su parte, se resignó una vez más. Al menos, se alegraba de que Tony hubiera encontrado un compañero que aceptara su identidad.

Luego se trasladaron a la sala para el intercambio de regalos.

Tony le había comprado a Peter un elegante bolígrafo con sus iniciales grabadas. Peter, le regaló a Tony una pequeña réplica a escala de su nave.

Más tarde, Alegra regresó a su apartamento y Tony durmió con Peter en su antigua habitación.

Cuando Tony volvió del cuarto de baño, encontró otro regalo empacado sobre su cama. Se sorprendió y miró a Peter, que sonreía desde la cama de Alegra.

—Tengo algo para ti —dijo Peter.

Tony lo abrió, curioso, y luego lo observó. Era un *strap-on*. Le dio vueltas entre las manos, sonriendo. Peter se levantó y fue a ayudarlo a ponérselo.

Cuando Tony ya lo tenía colocado, Peter le sopló muy sexy al oído:

—Dijiste que te gustaría penetrarme.

Tony sonrió ampliamente y lo besó. Después, le hizo el amor con una intensa pasión…hasta fundirse dentro de él.

NIT

Tony y Peter disfrutaron de unas vacaciones en Tailandia que parecían la luna de miel perfecta… al menos, casi, a excepción de algunos percances.

El primero fue que su equipaje llegó con tres días de retraso.

El segundo resultó más complicado: una de las inyecciones de hormonas se quebró, así que Tony solo pudo administrarse la última. Lo que no supo fue que, debido al calor durante el almacenamiento, esa última dosis se había echado a perder.

Y el tercer percance fue que, un día antes de volver, Tony empezó a vomitar. Viajó de regreso enfermo, y como tanto él como Peter estaban preocupados por haberse contagiado con algún virus extraño, al llegar buscaron al primer médico que pudo darles una cita urgente.

Tony y Peter estaban sentados frente al escritorio del médico cuando este entró. Los observó unos segundos antes de preguntar directo y sin rodeos:

—¿Son pareja?

Ellos asintieron al mismo tiempo, sin decir una palabra.

El médico se sentó en su silla, cruzó las manos sobre el escritorio y les habló con tono respetuoso:

—Bueno, los exámenes de sangre indican que el señor Braun está probablemente en la tercera semana de gestación.

Ambos empalidecieron al instante, completamente en shock.

El médico les dio unos momentos para reaccionar y luego, con amabilidad, les dijo:

—Me parece que no estaban preparados para esta noticia. Les recomiendo acudir a un centro de atención especializado. Por favor, tómense su tiempo para asimilarlo.

Se levantó y les entregó un panfleto informativo.

Peter llevó a Tony de vuelta a su apartamento, pero en cuanto llegaron, sintió que no podía dejarlo allí solo. Lo siguió, abrió el armario, tomó algo de ropa de invierno y le pidió:

—Ven... ven conmigo.

—Quiero estar solo —respondió Tony.

Yo también, pensó Peter, pero sabía que dejarlo sería como abandonarlo a su suerte.

—Te dejaré solo... pero en mi casa. Por favor, ven. Te necesito cerca de mí.

Y esa era la verdad: Peter tenía miedo. Miedo a estar solo. Y miedo de que Tony lo estuviera aún más.

En su casa, Peter sacó de la alacena pan congelado y una lata de *baked beans*. Preparó la comida y se la llevó a Tony.

Lo encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá, perdido en sus pensamientos. Comió sin decir una palabra, completamente abstraído.

Peter se sentó a su lado, aunque eligió el sofá, justo detrás de él. Tampoco podía dejar de pensar. La cabeza le daba vueltas. En realidad, él no quería tener hijos… y ahora no sabía qué hacer. Ni cómo decírselo a Tony.

De pronto, Tony habló:

—Nit.

—¡¿Qué?! —preguntó Peter, sobresaltado, sacado de golpe de sus pensamientos.

—Nit. Le pondremos Nit a nuestro bebé.

Peter se quedó en silencio. No supo qué responder. Pero en ese momento comprendió que Tony realmente estaba considerando

seguir adelante con la gestación. Se le oía convencido. Y él, por su parte, se sintió completamente abrumado.

Peter se bajó del sillón y se sentó junto a Tony. Le dijo muy sincero:

—Tengo miedo.

Tony tomó su mano y le sonrió con esa leve y efímera sonrisa que Peter ya conocía.

—Lo intentaré... pero no te garantizo nada.

En ese momento, Peter lo dejó ir:

—No lo hagas por mí. Solo si tú de verdad lo quieres.

—Sí lo quiero, Peter. No me preguntes por qué... pero sí lo quiero.

Peter respiró profundo y no dijo nada más. Pensó que probablemente sería lo más difícil que haría en toda su vida… pero si Tony lo quería, él no lo abandonaría. Lo abrazó, lo acercó a su cuerpo y le dio un tierno beso.

Al día siguiente, Peter fue a su despacho a trabajar, pero no pudo concentrarse. Pasó horas buscando información, viendo testimonios de parejas similares. Parejas que, después de un hijo —o más—, ahora eran felices.

Peter sentía que se estaba volviendo loco. Tenía pánico: miedo de que su relación con Tony se derrumbara… y miedo, también, de tener un hijo.

Tony llamó a Gerd para reportarse enfermo. Pasó todo el día en cama. Seguía vomitando de vez en cuando y no tenía fuerzas ni ánimos para levantarse. Además, había dormido poco la noche anterior, y cuando logró hacerlo, las pesadillas lo despertaron sudando.

Peter regresó por la tarde y notó que Tony no había comido nada en todo el día.

—Tienes que comer. Vas a necesitar energía —le advirtió.

Tony miró a Peter y notó algo que nunca había visto: por primera vez, Peter estaba perdido. Siempre había sido él quien marcaba la

dirección en su relación, y ahora parecía no tener rumbo.

Sin decir nada, Tony lo invitó a acostarse en la cama con él. Peter aceptó, aunque no tenía el menor deseo de tener relaciones. Simplemente, no podía.

***

Tony pasó toda la semana en cama sintiéndose enfermo. El viernes, cuando Peter volvió del trabajo, lo encontró acurrucado en una esquina de la habitación, pálido y con las marcas de lágrimas secas aún en el rostro.

Peter lo llevó de inmediato al hospital, pero ya era demasiado tarde. De pronto, una tristeza profunda le invadió el corazón.

Dos semanas después, Tony seguía oficialmente enfermo. A petición de Peter, todavía vivía con él, pero solo vegetaba: pasaba los días tirado en el sillón viendo televisión. No comía, a menos que Peter lo obligara, y ni siquiera salía a correr. Tampoco permitía que Peter lo tocara.

Peter no sabía qué hacer. Tony se había hundido en un vacío, del que parecía imposible salir.

EVENTO PRIVADO

Peter estaba sentado en una silla de espera del juzgado. Se veía completamente demacrado; incluso había perdido peso. Joy Abena pasó por el corredor y, al notarlo, se detuvo.

—¿Peter, perdiste un caso?

Él solo asintió con la cabeza.

—¿Era algo muy importante?

Sin levantar la vista, y en voz muy baja respondió:

—El mío.

Joy Abena se acercó y se sentó en la silla vacía junto a él. Buscó su mirada, pero Peter la evitó. Sin preguntar más, lo tomó del brazo, y lo arrastró al café más cercano. Lo sentó frente a ella y le ordenó:

—¡Habla!

Peter respiró profundo, pero antes de poder decir algo, sus ojos se enrojecieron y las lágrimas empezaron a rodar silenciosas por sus mejillas.

Joy Abena quedó perpleja. Ni siquiera cuando Arthur dejó a Peter lo había visto tan mal.

Ella esperó a que Peter se terminara el café. Cuando él, al fin, pudo hablar, le contó lo sucedido… y la situación actual, que sentía lo estaba matando.

Joy Abena ha hecho muchas capacitaciones en psicología, ya que frecuentemente tiene que enfrentarse con el sentimiento de culpa de sus clientes. Le ofreció a Peter ir a visitar a Tony, por si él necesitaba alguien con quien hablar. También pensó en una estrategia eficaz

para que funcionara con Tony. Sabía que no se aplicaría a todos los casos, pero eligió bien las palabras para él.

Esa misma noche, Peter preparó una buena ensalada con quesos y embutidos. Tony, como siempre, lo ignoró como si no existiera.

—Hoy tenemos una invitada especial —le informó Peter.

Tony no dijo nada. Ni en ese momento, ni durante la cena, ni después.

Joy Abena entonces le habló directamente:

—Tony, hay una razón por la que los hombres no quedan embarazados, y tú la sabes. Si alguna vez decides que quieres un hijo, congela tus óvulos. Vete a California y pide a una mujer que lleve el embarazo.

En ese momento, Tony reaccionó. De pronto, se le iluminó el rostro de alegría y sonrió. Era una verdadera sonrisa. Sus ojos grises, que ya parecían de cemento, volvieron a resplandecer.

Peter, al verlo sonreír, sintió que un peso se le caía de encima. No se había dado cuenta de cuánto amaba a Tony… pero verlo volver a la vida, le devolvió la suya también.

Tony se giró hacia él y exclamó:

—¡Vamos a California, Peter!

Peter sonrió de vuelta y le preguntó:

—¿Tienes prisa?

Tony sonrió nuevamente.

—No... pero prométeme que lo haremos. Yo quiero tener un pequeño Pieps.

Peter se olvidó de que, alguna vez, pensó en no tener hijos. Le dio un beso en la boca a Tony, corto pero intenso, y bromeó:

—¿Ahora Pieps? Pensé que era Nit. ¿De dónde sacaste ese nombre tan raro?

—Así se llamaba el taxista que nos recogió del aeropuerto en Tailandia. Me pareció bonito. No dice el sexo, y él o ella puede decidir después qué quiere ser.

—Además, me gusta: "Nit Braun".

Peter sonrió. En verdad, estaba muy feliz. Luego dijo:

—"Nit Braun" suena bien... pero "Nit Braun-Winkler" suena mejor.

Todos sonrieron.

Dos días después, mientras Peter estaba en su despacho, Tony empacó sus cosas y regresó a su apartamento. Luego le envió un mensaje invitándolo a almorzar.

Cuando Peter llegó, se sorprendió al ver que Tony había cocinado para él. Fue Tony quien se acercó, lo abrazó y lo llenó de besos. Después, Tony lo tomó de la mano y lo llevó a la cama.

Esa tarde, Tony le permitió a Peter volver a amarlo. Y Peter lo amó apasionadamente.

Cuando Peter estuvo satisfecho, Tony le acarició el rostro y le dijo:

—Pieps, no te enojes conmigo. Mientras no haya un Nit, prefiero conservar mi espacio. Creo que no estoy listo.

Peter no se lo tomó a mal. En el fondo, él también necesitaba su espacio.

Un mes después, recibieron una invitación. Estaba dirigida a la dirección de Peter, pero a nombre de Tony Braun y Peter Winkler. Para sorpresa de ambos, era la invitación a la boda de Joy… con un tal Felix, de quien nadie había oído hablar.

Tony estaba nervioso. Sería la primera vez que se presentaría en sociedad como compañero de Peter. En una boda rodeado de desconocidos, no sabía cómo debía presentarse.

—¿Crees que deba usar un vestido?

—¡Tonterías Tony! Sé tú mismo —le llamó la atención Peter—. ¿Cuál es la prenda de ropa con la que mejor te sientes?

—Mmm… la verdad, con mi overol de trabajo.

—Entonces cómprate un *jumpsuit* elegante. Así te sentirás bien.

Ambos se quedaron impresionados al descubrir que Joy Abena apenas conocía al famoso Felix Ludorf. Se casaría con él porque sus padres lo habían escogido como candidato, y a ella le pareció bien. Felix era el cardiólogo del padre de Joy, ocho años mayor que ella, pero Joy confiaba en sus padres y decidió aceptarlo.

Felix, por su parte, había estado muy ocupado estudiando y luego trabajando, sin tiempo para buscar una novia. Se sorprendió cuando el padre de Joy Abena le ofreció presentarlo con su hija. Para su sorpresa, el *match* fue mejor que el de cualquier *app*.

Fue una fiesta espectacular, a todo lujo, en un club de vela de *Düsseldorf*. Tony, al principio, estaba nervioso, pero poco a poco se relajó. Se sentía sorprendentemente cómodo con su *jumpsuit*, lo que ayudó a que pudiera disfrutar la noche.

Estaba tan feliz que, por primera vez, tuvo ganas de bailar. Miró a Peter y le dijo:

—Yo sé que talvez preferirías correr… pero estamos en una fiesta. ¿Aceptarías bailar conmigo?

Peter sonrió, divertido al oír sus palabras, y se levantó de inmediato.

—Será un placer.

Mientras bailaban una balada, Peter se acercó a su oído y le susurró:

—Esto quería hacer desde el primer instante en que te vi.

Esa noche, Peter y Tony tenían reservada una habitación en un hotel. Después de la fiesta, disfrutaron de su propio evento privado.

EL AFFAIRE

Tony y Peter vivieron felices los siguientes dos años, cada uno en su propio espacio. Después del primer año, cuando terminó el contrato de Philip por "la bodega", Peter propuso que Tony tomara el contrato directamente con la dueña y pagara el alquiler completo. En realidad, lo hizo con la esperanza de convencer a Tony de mudarse a su casa, pero Tony asumió los gastos sin protestar.

Tony no regresó a *Ludwigshafen* en todo ese tiempo, ni tenía ganas de hacerlo. Sin embargo, a principios de año, recibieron una invitación. Estaba dirigida a Tony Braun y acompañante. Se trataba, nada más y nada menos, que del casamiento de Alegra Braun, que se celebraría en mayo de ese mismo año. Peter y Tony hicieron una reserva en un hotel cercano al lugar donde se llevaría a cabo la boda.

Alegra le pidió a Tony que por favor llegara como su hermana. Tony aceptó: se dejó crecer un poco el cabello y dejó las hormonas el último mes antes de la boda, para verse algo más femenina. En la ceremonia civil, usó su *jumpsuit* elegante y clásico, el mismo que Peter ya conocía.

Tony compró un vestido largo, de satín, con tirantes tipo espagueti. Era de un tono verde jade, el mismo color que los ojos de Peter. Con ese vestido, sus propios ojos grises parecían verdosos y combinaban perfectamente. También se arregló el cabello, se aplicó máscara en las pestañas y hasta pintó sus labios de rojo cereza.

Peter lo esperaba en la puerta, ya listo para salir hacia la iglesia. Cuando Tony salió del baño, Peter se quedó sin aliento y se le cayó la quijada. Su mundo se detuvo por un instante al ver la belleza despampanante que tenía frente a él.

Un pensamiento lo atravesó como un rayo: *Tengo a mi lado a la chica más bella del mundo*.

En ese momento, cerró los ojos y los apretó con fuerza. No podía permitirse seguir viendo a Tony así. Si lo hacía… nada volvería a ser como antes.

Tony se dio cuenta de lo que pasaba con Peter y, con un tono un poco triste, le dijo:

—Me iré a cambiar.

—¡Nooo! —gritó Peter, desesperado. Luego, más tranquilo, agregó:

—No te cambies, por favor. Solo… déjame asimilarlo. Ven. Ven aquí. Quiero sentir tu cuerpo.

Tony se acercó lentamente a Peter. Él recorrió suavemente su cuerpo con las manos, besó sus labios, su cuello y otras partes. Pero no se atrevía a abrir los ojos de nuevo. Estaba tratando de fijar la imagen de su Tony y borrar la de la chica que tenía enfrente.

Finalmente, respiró profundo y, sosteniéndolo entre sus brazos, le dijo sin abrir los ojos:

—Hazme un favor... , pretende que eres tu hermana gemela.

Tony sonrió, divertido, pero luego apareció su sonrisa leve y efímera de siempre.

—Eso no será suficiente, Peter.

Y entonces le propuso, medio en broma:

—¿Quieres que te vende los ojos todo el día?

Peter fue a la farmacia, compró un par de parches y luego sacó sus lentes oscuros del auto.

Al llegar a la iglesia, tanto Marlene como Frank se quedaron impactados. Nunca habían visto a su hija tan deslumbrante. No solo se veía muy elegante, sino que Tony estaba feliz, y su alegría interior irradiaba como el sol.

Tony llevaba del brazo a Peter, quien no veía nada y se dejaba guiar por él. Entonces Marlene lo notó y preguntó:

—¿Qué le pasa a Peter?

—Tiene conjuntivitis —respondió Tony.

Frank sintió una conmoción dentro de sí. Tony había encontrado a un hombre que realmente la amaba. Se acercó a Peter y lo abrazó con fuerza. Luego le dijo:

—Gracias, Peter Winkler. Gracias. Gracias por amar a mi Tony.

Peter sintió la gratitud de Frank colarse entre sus venas. Y aunque nadie lo supo, debajo de los parches, sus ojos se enrojecieron y humedecieron.

Entonces Marlene le dijo:

—Peter, eres tan bueno… y ni siquiera sabes la suerte que tienes de tener a una chica tan bella a tu lado.

Tony protestó, algo molesta:

—Mamá, ya me vio. Pero decidimos que era mejor así.

Peter asintió con la cabeza.

Alegra se quedó admirada. Incluso pensó que su hermana se veía más hermosa que ella.

Más tarde, al llegar al hotel, Peter se arrancó los parches y le dijo a Tony, que aún seguía con el vestido puesto:

—Ya no puedo más. Me vas a tener que perdonar… pero esta noche quiero dormir con Antonia Braun.

Luego se lanzó sobre ella, la desvistió en un segundo y la amó con una pasión intensa y desbordada. Nunca había amado así a su Tony.

Tony estaba totalmente confundido. Era claro que Peter acababa de hacerle el amor a una mujer, no a él. Y había sido tan diferente. Por otro lado, saboreó a ese otro Peter, quien, en realidad, estaba con otra Tony. Por primera vez, sintió su cuerpo femenino vibrar como tal.

Al día siguiente, cuando Tony ya era otra vez él mismo, Peter le preguntó, sinceramente:

—¿Por qué renunciaste?

—Porque era lo único que todos veían en mí. Tú también lo viste... y no te aguantaste las ganas.

Peter bajó la mirada, avergonzado. Tony tenía razón. Él tampoco había podido resistirse a su belleza.

—De todos modos, Peter, te lo agradezco. Por primera vez, pude ser una mujer de verdad. Además... yo sé que tú me amas.

—Te amo, Tony, eso es cierto. Y considéralo un *affaire* si quieres. Piensa que te fui infiel con una chica. Es a ti a quien quiero, y aunque como chica seas extremadamente bella… yo amo a mi Tony, mi chico dulce y juguetón.

Tony sonrió y se acercó a Peter para darle un beso. Él respondió con otro y preguntó:

—¿Tenemos tiempo para que yo ame a mi Tony?

Tony afirmó con la cabeza, y esta vez se amaron sin disfraces, como solo ellos sabían hacerlo, con la pasión sincera que los unía.

ANTONIA BRAUN

Al volver de *Ludwigshafen*, Tony invitó a Peter a su apartamento. Después de comer, de hacer el amor y juguetear, al fin tomó valor para preguntar lo que en realidad quería:

—Pieps, dijimos cinco años… —empezó, pero luego se quedó callado.

Peter entendió lo que Tony quería y continuó la frase.

—…pero no es necesario esperar tanto.

Luego agregó:

—Yo estoy listo cuando tú estés listo, Tony.

Y era la verdad. En realidad, Peter estaba listo desde hacía mucho tiempo. Desde el incidente en Tailandia, había considerado la posibilidad de tener un hijo, al menos con Tony. Con Tony, la historia se escribía de forma muy diferente a la suya. Quería tener una familia, una verdadera, y no como un comité ejecutivo.

Tony se alegró y exclamó:

—¡¿En serio?! ¡¿Estás dispuesto a hacer tu donación?!

—No solo eso, Tony. He hecho un fondo de ahorro para nuestro pequeño Nit. Y, si es necesario, venderé mi nave. Pero debemos tener paciencia; no siempre es fácil.

Tony abrazó a Peter y lo besó apasionadamente.

—¿Sabes que eres el hombre más maravilloso del mundo?

—Lo mismo digo yo de ti, mi Tony —le respondió Peter, y lo besó de vuelta.

Una semana después de esta conversación, Tony acudió al endocrinólogo. Esta vez quería pedirle hormonas femeninas para estimular la producción ovárica.

Para su gran sorpresa, el médico le dijo que no era necesario recurrir a una inseminación artificial. El embrión ya estaba implantado.

Tony se quedó mudo. *¡Otra vez!*, pensó. El miedo lo recorrió, y la ansiedad de que la historia pudiera repetirse lo envolvió por completo.

Sin embargo, esta vez era diferente. Peter había tenido una relación con Antonia Braun en *Ludwigshafen*, y ahora sería Antonia Braun la madre del niño.

Cuando Peter llegó a su casa, encontró a Tony viendo televisión.

—¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Qué haces aquí?

—Estuve pensando… y tengo que decirte algo.

Peter lo miró con atención. Supuso que debía ser algo importante, ya que Tony estaba allí en persona.

—Primero, quiero decirte que ahorraremos mucho dinero. Y no te preocupes, lo he pensado muy bien.

Peter sonrió. *Ahorrar dinero es bueno*, pensó.

Tony había repasado su conversación con Peter miles de veces, considerando todas sus posibles reacciones. Ahora era la hora de la verdad.

—¿Recuerdas que en *Ludwigshafen* te acostaste con Antonia Braun?

Peter sonrió inevitablemente al recordarlo y le respondió con toda sinceridad:

—¡Cómo olvidarlo! Talvez no quieras oírlo, Tony, pero fue inolvidable… increíble. Antonia Braun es una chica muy sensible y deslumbrantemente bella. Y no quiero que te ofendas, pero creo que ha sido una de las noches más maravillosas de mi vida.

Tony se quedó impresionado con la respuesta de Peter. Así que él había quedado fascinado con Antonia Braun, su versión femenina… y

aun así, lo amaba como Tony, su compañero.

Respiró profundo y le dejó ir:

—Antonia Braun está embarazada.

Peter lo miró en completo shock. Abrió la boca para decir "Antonia", aunque apenas llegó a pronunciar la *A*.

—No te preocupes —continuó Tony—, esta vez será diferente. Hablé con mi terapeuta, y me recomendó que vaya a Ludwigshafen a vivir con mi madre. Necesito estar con ella… quizás pueda entenderme y aconsejarme como solo una madre puede hacerlo.

Peter, confundido, preguntó:

—¿Y yo?

—Tú viajarás en tu nave a verme los fines de semana.

Peter no supo qué decir; estaba preocupado. La estrategia sonaba bien para Tony, pero él se sentía excluido. Quería ser parte de su vida, cuidarlo y consentirlo. Si vivían lejos, todo sería mucho más difícil. Sin embargo, le respondió comprensivo:

—Entiendo.

Después lo pensó un poco mejor y agregó:

—Pero si necesitas algo, si te sientes mal… por cualquier cosa, solo llámame. Yo llegaré volando.

Tony sonrió y se acercó a besarlo.

—Esa chica… Antonia Braun, sí que te gusta. ¿No es cierto?

—Antonia Braun me gusta, tienes razón. Cuando la veo, siento un incontrolable deseo animal de hacerla mía. Pero solo eso. Yo me enamoré de Tony, y es a él a quien amo —respondió Peter.

Ambos rieron y, de beso en beso, terminaron en la cama. Luego, Peter preguntó:

—¿Qué harás en tu trabajo?

—Hablaré con Gerd, le diré la verdad y le pediré un tiempo de baja.

Peter tenía a Tony en sus brazos, lo acariciaba y besaba, pero luego hizo una pausa, lo miró a los ojos y le dijo:

—Creo que es hora de que conozcas a mis padres.

Tony lo pensó un momento y contestó:

—Lo mejor será que conozcan a Antonia Braun, la madre de tu bebé.

Peter se quedó pensativo, recordando a Arthur y cómo se había negado a presentarlo a su madre. Cómo le había dolido que Arthur se avergonzara de él. Y aunque Tony y Antonia eran la misma persona, si Tony diferenciaba esas dos identidades, entonces él también lo haría. Así que tomó una decisión.

—Es a Tony a quien amo, y será Tony quien venga conmigo a casa de mis padres.

Tony se sorprendió con sus palabras pero lo hizo muy feliz. Peter podía diferenciar a las dos identidades, igual que él… y acababa de decidirse por él. Sintió que, con su apoyo, lograría darle una verdadera oportunidad al nuevo Nit.

***

Unas semanas después, Tony aún no había partido a *Ludwigshafen* y estaba viendo televisión en casa de Peter, mientras él cocinaba. No se dio cuenta de que Peter ya había terminado y lo observaba desde la distancia. De pronto lo notó y volteó:

—¿Qué me miras?

Peter sacudió la cabeza, como para liberarse de sus pensamientos, y respondió:

—No te estaba viendo a ti. Pensaba en Antonia. En cómo esa mirada de hielo que me persiguió durante tantos días ha desaparecido. La última vez que estuve con ella, tenía ojos de cristal… como los tuyos.

Tony preguntó, confundido:

—¿Te gustaría más que fuera Antonia?

Peter negó con la cabeza y se acercó al sillón para verlo de cerca.

—No. Solo quiero decir que Antonia ya no es la mujer que era antes. Lo único que deseo… es que resista estos nueve meses.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Me parece increíble… Una chica tan sensible y tan bella como tú, solo puede convertirse en un chico para sobrevivir.

—Pero… ¿Te he dicho que también eres un hombre muy atractivo?

Tony rio, luego se quedó pensativo. Peter, de verdad, entendía lo que ocurría dentro de él cuando se convertía en mujer.

Y en ese instante, lo amó aún más. Se levantó del sillón, se acercó y le dio un largo e intenso beso. Luego le dijo:

—Peter Winkler, te amo. Te amo como tú no tienes idea.

—¿Te parece si cenamos… y después me demuestras cuánto?

Tony asintió con la cabeza… y luego lo amó con locura.

PETICIONES

Tony entró a la oficina de Gerd, y al verlo, este lo invitó a sentarse.

—¿Qué te trae por aquí?

Tony tomó asiento y, al notar que Gerd estaba de buen humor, pensó que era un buen momento para decirle la verdad.

—Tengo que decirte algo importante.

—Adelante, no te pongas misterioso —respondió Gerd, curioso.

Tony respiró profundo y comenzó:

—Empezaré diciéndote que Frank Braun no es mi tío, sino mi padre.

—Él me dijo que era tu tío.

—Lo hizo porque... yo no soy su hijo.

—¿Él es tu padre, pero tú no eres su hijo?

—Soy su hija.

Gerd se le quedó viendo, asombrado. No sabía exactamente qué pasaba en ese momento y preguntó:

—Explícamelo más despacio, por favor.

—Me cambié de sexo… pero mi padre tiene problemas para aceptarlo.

Gerd levantó las cejas y admitió muy sincero:

—No lo culpo.

—Bueno… pero ahora tengo otro problema, aún más grave —continuó Tony.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gerd, pensando que no podía haber algo más complicado que lo anterior.

Tony volvió a respirar antes de soltar la bomba:

—Necesito un año de pausa… o por lo menos nueve meses. Voy a tener un bebé.

Gerd abrió la boca, asombrado, y se quedó sin aliento. Cuando al fin pudo respirar, le preguntó:

—¿El padre del niño es el abogado?

Tony asintió con la cabeza, sin decir nada.

Entonces Gerd le pidió:

—Que se ocupe él de los asuntos legales. No quiero tener problemas. ¿Piensas volver después?

—Sí, pienso volver y trabajar como lo he hecho hasta ahora.

Gerd afirmó con la cabeza un par de veces y luego le dijo:

—No sé si sea correcto decirlo, pero… felicidades, a ambos. Deseo que sean muy felices.

—Gracias, Gerd. Y te agradezco tu discreción.

***

Marlene no cabía de la alegría: tendría un nieto, y de quien menos lo habría imaginado. Preocupada por su hija, la consintió como nunca antes.

Alegra, por su parte, estaba algo celosa. Aunque se alegraba por Tony, deseaba que regresara pronto a Colonia*;* así podría volver a ocupar el centro de atención de su madre.

Frank, en cambio, no dejaba de preocuparse. No lograba entender del todo cómo funcionaría esa maternidad.

Tony, bajo la protección de su madre, se sentía nuevamente como Antonia. Solo cuando Peter llegaba los fines de semana, recuperaba su identidad.

Un buen día, Peter llegó con una misión.

Tony ya llevaba seis meses de embarazo, y la panza comenzaba a notársele.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Peter, como siempre. Era su pregunta estándar.

—Bien. Extraordinariamente bien —le respondió Tony, feliz.

Peter notaba que vivir con su madre, hacía florecer aún más a Tony como mamá. Y era bueno que estuviera de buen humor, porque él le había hecho una promesa a su madre: intentarlo.

—Quiero pedirte algo… pero solo si tú quieres. Me da un poco de vergüenza, porque en realidad es un deseo de mi madre. A ella nunca le ha interesado mucho mi vida, pero ahora quiere participar en esto.

—Mira, no te enojes. Solo di que no, y yo lo entenderé.

Tony notó, en ese momento, que Peter nunca pedía nada. Siempre estaba ahí, aceptando todo lo que él quería, sin protestar. Por eso imaginó que esta vez debía tratarse de algo importante.

—Dime qué quieres, Pieps.

Peter respiró profundo y le dijo:

—Mi madre quiere que, si tenemos un hijo varón, se llame Maximilian Winkler.

Luego agregó, con una leve sonrisa:

—Así se llamaba mi abuelo. Ella quería ponerme ese nombre a mí, pero mi padre se opuso.
Podríamos llamarlo: Nit Maximilian Winkler.

Tony se rio, divertido.

—Eso es súper anticuado.

Pero al notar la expresión de tristeza en el rostro de Peter, se sintió mal.

—¿Y si es una niña? —preguntó entonces, curioso.

—Charlotte.

Tony no pudo evitar reírse de nuevo… y otra vez le dio cargo de conciencia. Sonrió dulcemente, intentando alegrar a Peter.

—El segundo nombre de mi madre es Charlotte. El de mi abuela también. Creo que así se llamaba mi tatarabuela. En cada generación, a la primera niña la llaman Charlotte. Es una tradición familiar.

Tony se quedó pensando.

—Supongamos que nuestro bebé es "Winkler" y yo soy "Braun". Parecería como si solo fuera tuyo. A menos que yo…

Peter abrió los ojos, asombrado, y le tomó las manos.

—¿Aceptarías?

Tony sonrió y le contestó:

—Hace un tiempo oí, por casualidad, cuando hablabas con Patrik. Le dijiste que, si yo fuera una chica, me pedirías matrimonio y me convencerías de llevar tu apellido.

Esa conversación había ocurrido hacía mucho, y Peter ni siquiera sabía que Tony la había escuchado. Ahora estaba impresionado de sus intenciones. … y más aún por lo que vino después.

—¿Peter Winkler, quieres casarte oficialmente conmigo?

Peter sonrió. Su sonrisa fue tan grande, que se le pudo haber contado hasta la última muela.

—Sí, Tony. Sí quiero casarme contigo. Quiero vivir contigo, dormir contigo, despertarme contigo. Quiero compartir mi vida contigo… y también compartir a Nit contigo. Y mi apellido, por supuesto.

Peter estaba increíblemente feliz. Aunque lo había tomado por sorpresa, se sentía pleno y tan contento. Serían una familia… una maravillosa familia. A veces, él mismo se sorprendía de cómo Tony podía darle tanta alegría a su vida.

Lo abrazó con fuerza, lo levantó llevándolo a su habitación. Lo dejó caer en la cama y lo cubrió de besos.

—Te amo, te amo, te amo —le decía como loco, mientras lo besaba por todos lados.

LOS WINKLER

Peter y Tony se casaron en la oficina del registro civil sin decirle nada a nadie.

Tony nunca le exigió nada, y Peter se sentía tan libre a su lado que le entregó su amor sin reservas.

Por su parte, Tony agradecía profundamente que Peter se hubiera enamorado de él y no de Antonia. Peter había transformado su vida, y él no podía hacer otra cosa más que amarlo sin límites.

Tony estaba cada día más nervioso. Poco a poco se acercaba la fecha de su cesárea. No solo había rechazado la idea de un parto natural, sino que aprovecharía la intervención para hacerse una extirpación de útero.

Se sentía realizado por haber llegado hasta ese punto, pero deseaba con todas sus fuerzas que todo terminara pronto.

Peter, por su parte, estaba feliz y orgulloso de su Tony. También se sentía profundamente agradecido con Marlene, por haberlo acompañado y apoyado en los momentos en que Tony se sentía perdido.

Trabajó intensamente para poder tomarse cuatro meses libres y llegó a *Ludwigshafen* dos semanas antes del parto. Esta vez apareció conduciendo un *Porsche Cayenne* gris metálico.

Tony se sorprendió mucho al verlo.

—¡Pieps! ¿Vendiste tu nave?

—No —respondió Peter con una sonrisa—, pero como tú ya sabes, el auto no tiene asientos traseros… y ahora, de verdad, sí es un

problema. En la nave no podemos viajar todos juntos. Así que… esta es la solución.

Tony lo miró desconcertado, pensando en qué pasaría con la nave.

—Este será nuestro auto familiar. Yo me quedaré en casa cuidando de Nit, y tú usarás la nave para ir al taller —dijo Peter.

Tony lo miró aún más incrédulo y confundido.

—Es en serio, créeme —insistió Peter.

Tony sonrió, emocionado como un niño pequeño, y eso hizo que Peter sonriera. A veces, Peter también se sentía como niño cuando estaban juntos.

—Gracias, mi Pieps, gracias. Eres muy bueno conmigo.

—Porque tú eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida… y muy pronto también Nit —respondió Peter sinceramente.

Luego recordó algo y añadió:

—Por cierto, la habitación de Nit ya está lista. La pinté de amarillo, con adornos de pollitos, tal como querías.

Tony sonrió otra vez. Después le dijo consternado:

—Te quedaste sin estudio, ahora ya no podrás trabajar desde tu casa. Necesitarás ir a tu despacho.

—Quité el sauna y ahora mi oficina está en el sótano —respondió Peter—. Además, es *nuestra* casa. No te preocupes —insistió—, yo cuidaré de Nit mientras tú vas al taller.

***

Dos semanas después nació una hermosa niña. Peter, llamó a sus padres muy emocionado y para su sorpresa, ellos llegaron tan rápido como les fue posible.

Estaba sentado en una silla junto a Tony y tenía a su bebé en brazos cuando sintió una mano palmearle el hombro y deslizarse por su espalda para abrazarlo. Volteó para ver quién era y se sorprendió al ver a su padre allí.

Su madre ni siquiera lo saludó; fue directo hacia la bebé y le acarició con ternura la mejilla.

Lo primero que Ingrid Winkler preguntó fue:

—¿Cómo se llama esta linda criatura?

Peter y Tony aún no habían llenado los papeles con el nombre, pero Tony respondió con total seguridad:

—Charlotte Winkler.

El rostro de Ingrid se iluminó. Con gran alegría, tomó a la bebé en brazos, y la contempló como si fuera el mayor tesoro de su vida.

Peter miró a Tony, sorprendido.

—Te lo explicaré después —dijo enseguida, con una sonrisa.

Ingrid estaba más que complacida. Al principio, cuando conoció a Tony, le había parecido una relación muy extraña la que tenía con su hijo. Pero ahora, eso ya no importaba. Tony había logrado convencer a Peter de darles un sucesor. Eso bastaba para que Ingrid lo aceptara tal como era: el chico que amaba a su hijo.

Ella observaba la felicidad de Peter, orgulloso de ser padre y radiante de alegría. Sonrió al imaginarlo cargando a Charlotte en una bolsa canguro.

Los Braun también estaban muy contentos, aunque sentían cierta preocupación por cómo sería la educación de su nieta, criada sin madre y con dos padres. Para entonces, Alegra ya estaba embarazada, así que se conformaron que, al menos, una de sus hijas llevaría una vida más tradicional.

Cuando la enfermera les llevó los papeles para inscribir a la bebé, Tony miró el documento. Allí, donde decía "nombre de la madre", por una fracción de segundo pensó en escribir "Antonia Braun".

En cambio, tachó la palabra "madre", la sustituyó por "nombre del padre trans" y escribió: *Tony Winkler*.

Después le explicó a Peter:

—Charly no es Nit. Y la llamaré así: "Charly". Así, en el futuro, podrá decidir cómo quiere identificarse… tal como yo hice cuando elegí ser Tony.

Peter sonrió inmensamente feliz. Sabía que, en el fondo, Tony lo hacía por él.

Con su hija en brazos, se inclinó y besó la frente de Charly con infinito cuidado. Fue un beso que se sintió interminable, cargado con el amor más profundo y sincero que Peter algún día sintió.

Tony se tatuó el interior de sus muñecas: en una, un corazón con el nombre Charly en el centro; en la otra, uno que decía Nit. Lo llevaría consigo para siempre, porque había sido parte de él.

En la casa de los Braun, Peter y Tony se turnaban para alimentar a Charly, cambiarla y cuidarla en todo momento mientras Tony terminaba de recuperarse. Esto convenció a Frank y a Marlene, quienes se alegraron al ver que a su nieta no le faltaría nada.

Para su propia sorpresa, Peter descubrió que se sentía increíblemente bien en su rol de padre.

Un mes después, los Winkler regresaron a su casa. Al llegar, esperaron a que Charly se durmiera y, por fin, Peter y Tony se entregaron con la pasión acumulada durante meses. Se amaron sin reservas, entregándose por completo el uno al otro**.**

Ambos se sentían profundamente felices.

Era el comienzo de una nueva aventura.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Betty, Chepe, Christina, Guido, José,
María, Pablo, Sophia y Vicky

RECOMENDACIÓN

Encontrarás otra vez a Peter en:

LUCRECIA Y ALEJANDRO,

un amor inesperado.

ASIN: B0F9DX7L5B